

Miguel Cavada Diez
Jon Sobrino

El evangelio de Monseñor Romero



CMR

centro monseñor romero - uca

8



**Miguel Cavada Diez
Jon Sobrino**



**El evangelio de
Monseñor Romero**

8



1a. Edición, marzo de 2001

2a. Edición, septiembre de 2001

3a. Edición, mayo de 2004

4a. Edición, mayo de 2005

5a. Edición, noviembre de 2006

Edita: Centro Monseñor Romero

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Apto. Postal 01-168, San Salvador, El Salvador, C.A.

Impreso en Talleres Gráficos UCA.

INDICE

Introducción.....	5
1. Dios.....	9
2. Jesús de Nazaret	16
3. Iglesia.....	23
4. Los pobres.....	30
5. Pecado y conversión.....	35
6. Idolatría de la riqueza.....	41
7. La verdad.....	46
8. Mártires.....	52
9. Esperanza.....	58
10. El corazón de Monseñor Romero.....	61



El evangelio de Monseñor Romero

En este XXI Aniversario de su martirio queremos recordar a Monseñor Romero como un evangelio, una buena noticia, que produce gozo y mantiene la esperanza. Lo fue en vida, lo ha sido a lo largo de estos años difíciles, y lo sigue siendo en medio de terremotos. Veamos por qué Monseñor Romero es un evangelio.

1. La esperanza del reino para los pobres. Repetimos tanto en la Iglesia que hay que evangelizar, que debe haber una nueva evangelización, con métodos nuevos y nuevos bríos, que nos olvidamos de lo que es buena noticia, evangelio. Para el ciego evangelio es, ante todo, recobrar la vista, para el cojo poder caminar, para el enfermo recobrar la salud. Para el damnificado, diríamos hoy, tener una casita, volver a su pueblo. Así hablaba Isafas siglos antes de Cristo y así habló Jesús en la sinagoga de Nazaret al comenzar su misión. ¡Qué raro!, podrá pensarse. Hablar de evangelizar sin haber mencionado todavía a Dios, ni a Jesús, ni a la Iglesia. Pero sí lo hemos mencionado y de manera central: hemos mencionado lo que Dios quiere para los pobres de este mundo.

Dios no es un Dios egoísta que piensa primero en sí mismo, sino que es un Dios bueno como un padre y tierno como una madre, que piensa antes en sus hijos y en sus hijas; en estos días en el más de un millón de damnificados que lo han perdido todo en El Salvador. Por eso decían Isafas y Jesús: “evangelizar es anunciar una buena noticia a los pobres”. Esa buena noticia necesitamos hoy urgentemente, y no los gritos y regañones de quienes ven en el terremoto un castigo de Dios. ¡Qué aberración hacer del Dios de los pobres un Dios cruel! ¿Cómo va a querer Dios, defensor del pobre, a quien le promete la bendición del reino, destruir su casita y matar a sus familiares? Ese no es el Dios del evangelio.

Vayamos ahora a Monseñor Romero, el gran evangelizador de nuestro tiempo. Anunció a los pobres de este país, campesinos y campesinas, obreros y señoras del mercado, desempleados e inmigrantes, la buena noticia del reino de Dios. Y

hasta el día de hoy no hay entre nosotros evangelización, antigua o nueva, que se la compare. “La pobreza, decía, toca el corazón de Dios”. Y a la inversa, “La gloria de Dios es que el pobre viva”. En las palabras de Rutilio, lo que Dios quiere es “una mesa con manteles largos para todos, cada uno con su taburete y que para todos llegue el conqué”. **Ese es el evangelio del Reino de Dios que anunció Monseñor Romero.**

2. Jesús fue buena noticia también, como dice Pablo, por su muerte y resurrección. Puede aceptarse lo segundo, pero es difícil de aceptar lo primero. Sin embargo, Monseñor Romero lo muestra muy claramente. Cuando murió, los pobres lo lloraron como sólo se llora a un padre o a una madre, porque era su amigo, padre y defensor. Solía decir que a él le tocaba “ir recogiendo cadáveres”, y eso era amor. Denunció a todos los opresores, oligarcas, militares, gobernantes, gobierno de Estados Unidos, y eso era amor. No quiso que el gobierno le diese seguridad mientras no se la diese a su pueblo, y eso era amor. Se quedó en el país, aún en medio de amenazas, y lo mataron, y eso era amor. Su muerte, por lo tanto, quedó cubierta en llanto, pero también en el cariño de su pueblo. Cuesta pronunciar las palabras, pero su muerte tuvo también algo de buena noticia: Monseñor Romero murió como el pueblo que tanto amó.

Ahora cada 24 de marzo –y con mayor profundidad todos los días en el corazón de muchos salvadoreños– Monseñor Romero sigue vivo. Comunica vida y esperanza, deseos de trabajar y comprometerse, fuerza para superar el desencanto y hasta para perdonar a los traidores del pueblo, los de siempre y los de ahora. Ya lo dijo él con toda sencillez: “si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño”. **Es el evangelio como pascua, la muerte y resurrección de Jesús y la muerte y resurrección de Monseñor Romero.**

3. Buena noticia, evangelio, fue el modo de ser de Monseñor. Como Jesús, hablaba con autoridad y con verdad, no como muchos gobernantes y políticos, técnicos de la banca y de la economía, militares patrioterros, periodistas asalariados. Como Jesús, era hombre de misericordia hacia los pobres y las víctimas, sin calcular –como hacen otros– qué riesgos van a correr ante los poderosos por tomar partido por los pobres. Como Jesús, su compromiso no fue flor de un día, sino tres años de difamación, persecución, atentados y bombas –sin devolver nunca mal por mal, sino pidiendo conversión y ofreciendo su corazón a quienes le perseguían. Como Jesús, su alegría estaba en su pueblo, en los pequeños, con quienes era antes compañero que pastor, antes padre que maestro. Como Jesús, se ponía ante Dios en total confianza y nos lo mostraba como padre bueno y madre tierna. Y a la vez se ponía ante Dios en total disponibilidad, sin manipularlo ni empequeñecerlo por sus gustos o miedos, ni tampoco con normas o cánones. Monseñor dejó a Dios ser

Dios, y ese misterio es el que nos ofreció a todos, incluso a dubitantes y agnósticos.

Ver a un hombre así es siempre una brisa de aire fresco, una buena noticia. Pero ver juntas cosas difícilmente unificables es una buena noticia mayor. Como dijimos de Jesús, Monseñor fue a la vez hombre de “misericordia” (“*misereor super turbas*”) y de “denuncia profética” (“ay de ustedes los ricos”), hombre de reciedumbre (“quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame”) y de delicadeza (“tu fe te ha salvado”), hombre de confianza en Dios (“*abba, Padre*”) y de soledad antes Dios (“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”). Ver a un hombre así es una buena noticia. **El modo de ser de Monseñor fue un evangelio.**

* * *

En este cuaderno queremos presentar el evangelio de Monseñor a través de su palabra, sobre todo de la palabra de sus homilías dominicales. Lo haremos en breves capítulos. En cada uno de ellos, tras una breve introducción que ayude a ubicar su pensamiento, reproducimos sin más su palabra sobre Dios, Jesús de Nazaret, la Iglesia, los pobres, el pecado y la conversión, la riqueza, la verdad, los mártires y la esperanza. Los textos son elocuentes y no necesitan explicación.

Monseñor Romero habló mucho hacia afuera, hacia los pobres y hacia los opresores. Pero habló también hacia adentro. De vez en cuando, dejaba escapar lo que sentía al ver la sonrisa de un niño, al recibir una amenaza de muerte, sobre todo al ver el horrible sufrimiento del pueblo. Eso es lo que recogemos en el último apartado –un poco más largo– que hemos titulado “El corazón de Monseñor Romero”.

* * *

Ofrecemos estos textos con verdadera alegría. Hacen que “el corazón arda”, como decían los discípulos de Emaús al oír hablar a Jesús. Son textos que animan al compromiso, tan necesario hoy en tiempos de un cristianismo fácil. Son textos que producen esperanza, tan necesaria hoy en tiempos de terremoto y de desencanto. Son textos que nos ponen en oración, tan necesaria siempre para ponernos, en confianza y disponibilidad, ante el inefable misterio de Dios.

Monseñor vivió tres años siendo evangelio para los salvadoreños y salvadoreñas. Ahora se ha convertido en un hombre para todas las edades y para todos los tiempos. En los actuales momentos del país nos exige un cambio de rumbo.

Hacemos un llamado a la cordura y la reflexión. Nuestro país no puede seguir así. Hay que superar la indiferencia entre muchos que se colocan como meros espectadores ante la terrible situación, sobre todo en el campo. Hay que combatir el egoísmo que se esconde en quienes no quieren ceder de lo suyo para que alcance a los demás. Hay que volver a encontrar la profunda verdad evangélica de que debemos servir a las mayorías pobres (2 de abril de 1978).

Y sobre todo en estos días de terremoto sigue operando el milagro mayor: nos mantiene la esperanza. De las ruinas y destrozos Monseñor es capaz de sacar amor y esperanza. En una homilía del 7 de enero de 1979 reconocía que “aquí todo es destrozado, un desastre, y negarlo es ser loco”. Pero no terminó ahí, y pronunció unas palabras que bien pueden ser el mensaje que estos días dirige a su pueblo. En palabras proféticas y poéticas, como las de Isaías o Jeremías, inundado del espíritu de Dios, dijo Monseñor Romero:

“Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor”

Miguel Cavada y Jon Sobrino
San Salvador, Marzo 2001

1. Dios

Comenzar con Dios es lo más difícil para la mayoría de nosotros, pero fue lo más sencillo para Monseñor Romero. Siempre lo llevó en su corazón y siempre trató de comunicar a los demás a ese Dios. Quizás no sea fácil entenderlo, pues Dios se nos escapa de las manos y para algunos es un fantasma lejano. Pero para Monseñor Romero Dios fue la realidad más central de su vida.

A lo largo de su vida ese Dios fue adquiriendo nuevos rostros. En los tres últimos años fue claramente el Dios que ama y defiende al pobre, y, por amarlo, exigió de Monseñor Romero la entrega total de su vida. Y, por defenderlo, exigió de Monseñor Romero la denuncia profética y radical de los enemigos de los pobres, es decir, de los enemigos de Dios. Dios y pobres llegaron a convertirse en una única realidad con dos aspectos. De ahí también la lucha de Monseñor Romero contra los falsos dioses, los ídolos que dan muerte.

En este capítulo podrá ver el lector frases bellísimas de Monseñor Romero sobre Dios. Son muchas y variadas. En nada suenan a rutina clerical, sino a convicción humana profunda, a jaquello por lo que se puede vivir y morir! Como Jesús, aparece en Monseñor Romero la total confianza en Dios en medio de y a pesar del horror y de la aberración en la que le tocó vivir. Y aparece también la total disponibilidad, la apertura siempre nueva al Dios que le fue manifestando su voluntad. Vale de Monseñor Romero lo que vale de Jesús: Monseñor descansó en un Dios que es Padre, pero ese Padre nunca le dejó descansar. En esa fidelidad a Dios hasta el final humanizó al pueblo salvadoreño.

De Dios nadie se ríe. Su ley imperará para siempre. Y este Dios, que es amor para nosotros, se convierte en justicia cuando no se ha sabido captar la invitación

del amor... Dios espera, pero cuando ya la paciencia de Dios termina en el amor, comienza su justicia. Hermanos, no es volver a la Edad Media al hablar del infierno; es poner frente a los ojos la justicia de Dios, de la cual nadie se ríe. Organicemos a tiempo nuestra patria. Organicemos los bienes que Dios nos ha dado para la felicidad de todos los salvadoreños. Hagamos de esta república una bella antesala del paraíso del Señor, y tendremos la dicha de ser recibidos como el pobre Lázaro (25 de septiembre de 1977).

Quiere Dios salvarnos en pueblo. No quiere una salvación aislada. De ahí que la Iglesia de hoy, más que nunca, está acentuando el sentido de pueblo. Y por eso la Iglesia sufre conflictos; porque la Iglesia no quiere masa, quiere pueblo. Masa es el montón de gente, cuanto más adormecidos, mejor; cuanto más conformistas, mejor. La Iglesia quiere despertar a los hombres el sentido de pueblo. ¿Qué es pueblo? Pueblo es una comunidad de hombres donde todos conspiran al bien común (5 de enero de 1978).

Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos: todo aquél que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios. Clamarás al Señor y te escuchará. La religión no consiste en mucho rezar. La religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí porque le hago el bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras, la garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: ¿cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios (5 de febrero de 1978).

Dios es la vida. Dios es evolución. Dios es novedad. Dios va caminando con la historia del pueblo. Y el pueblo creyente en Dios no debe aferrarse a tradiciones, a costumbres; sobre todo cuando esas costumbres, esas tradiciones empañan el verdadero Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Tiene que estar siempre atento a la voz del Espíritu: ¡Convertirse, ir en pos de ese Evangelio, de ese llamamiento del Señor! Todo aquél que se sienta seguro y que crea que no tiene necesidad de cambiar, es fariseo, es hipócrita, es sepulcro blanqueado, que está muy seguro; pero a saber su conciencia qué reclamos le está haciendo (11 de junio de 1978).

El cristianismo no es un masoquismo. Esa filosofía de sufrir por sufrir. Ese estoicismo de los griegos de sufrir por sufrir. ¡No! Dios no nos ha hecho para el sufrimiento. Dios ha querido hacernos para la felicidad (3 de septiembre de 1978).

No es voluntad de Dios que unos tengan todo y otros no tengan nada. No puede ser de Dios. De Dios es la voluntad de que todos sus hijos sean felices (10 de septiembre de 1978).

Muchos sí quisieran, como dice aquella canción, un Dios de bolsillo, un Dios que se acomode a mis ídolos, un Dios que se contente cómo yo pago a mis jornaleros, un Dios que apruebe mis atropellos. ¿Cómo podrán rezar ciertas gentes a ese Dios el Padre Nuestro si más bien lo tratan como uno de sus mozos y trabajadores? (24 de septiembre de 1978).



No es sembrar aquí la discordia, simplemente es gritar al Dios que llora, el Dios que siente el lamento de su pueblo, porque hay mucho atropello, el Dios que siente el lamento de sus campesinos que no pueden dormir en sus casas porque andan huyendo de noche, el lamento de los niños que claman por sus papás que han desaparecido: ¿dónde están? No es eso lo que esperaba Dios. No es una patria salvadoreña como la que estamos viviendo lo que debía ser el fruto de una siembra de humanismo y de cristianismo (8 de octubre de 1978).

¿Por qué caminos viene Dios a la historia? ¿Por qué caminos voy a encontrar yo concretamente a ese Dios que viene a salvar? ¿Por qué caminos El Salvador, en esta encrucijada, en este callejón sin salida, va a encontrar la salvación en ese Dios? ¿O es que se van a reír de nosotros, como se reían de los cristianos a los que escribió San Pedro? ¡No, hermanos! No es ilusión. Dios viene y sus caminos son bien cercanos a nosotros. Dios salva en la historia, en la vida de cada hombre, que es su propia historia. Allí sale Dios al encuentro. Qué satisfacción saber que no hay que irlo a buscar al desierto, no hay que irlo a buscar a tal punto del mundo. Allí están los caminos de Dios, son los caminos de la historia, son los caminos concretos de nuestra vida nacional, familiar, privada (7 de diciembre de 1978).

Esta historia necesita una teología. Es la teología de la historia que hasta en los hechos triviales y concretos, hasta en los hechos criminales, encuentra algo de

Dios. Dios habla desde la historia. Dios reclama desde lo bueno y bello que hay dentro de los hombres, como también reclama ante lo feo y malo que hay en las sociedades y hay en los hombres. ¿Qué encontramos en la lecturas bíblicas de hoy? La primera lectura, donde Dios nos invita no sólo a gloriamos de las alegrías del pasado, sino a confiar en El, que es capaz de hacer cosas nuevas. Nos dice que Dios no se repite. ¡Es maravilloso esto! Saber qué cosa nueva tiene Dios para nuestra historia de El Salvador. ¡Creamos! Porque Dios lo ha dicho. Creamos, como creyeron al profeta cuando, a los cautivos de Babilonia, les anunciaba una libertad que no parecía llegar y llegó, porque Dios no es mentiroso. Hoy aquí, en El Salvador, Dios sigue siendo rechazado por los hombres, pero El continúa declarándonos su amor (18 de febrero de 1979).

Dios es el Dios de Jesucristo. El Dios de los cristianos no tiene que ser otro, es el Dios de Jesucristo, el del que se identificó con los pobres, el del que dio su vida por los demás, el Dios que mandó a su Hijo Jesucristo a tomar una preferencia sin ambigüedades por los pobres. Sin despreciar a los otros, los llamó a todos al campo de los pobres para poderse hacer iguales a El. Nadie está condenado en vida; sólo aquel que rechaza el llamamiento del Cristo pobre y humilde y prefiere más las idolatrías de su riqueza y de su poder (27 de mayo de 1979).

Dios es el Dios de nuestro pueblo, el que va con nuestros signos, el que va con nuestras guerras y nuestras luchas, el que va con el pueblo en sus justas reivindicaciones. Este Dios maravilloso es el Dios que los cristianos hemos seguido adoptando. Este es el Dios de la revelación; no necesita grandes abstracciones ni filosofías de Atenas. No es un Dios de los filósofos. Es el Dios que decía Cristo: Padre, te doy gracias porque has revelado estas cosas a los sencillos, a los humildes. ¡El Dios de los humildes! (10 de junio de 1979).

Dios no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera. Las creaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte. Dios creó al hombre incorruptible, lo hizo imagen de su misma naturaleza. El Dios que no muere quiso también tener un hijo en la tierra que no muriera. Queda claro, en la palabra de Dios hoy, esta proclamación que nos debe llenar de un sublime respeto a la vida: Dios no ha hecho la muerte; Dios hizo la vida y quiere que subsista y no muera (1 de julio de 1979).

Dios también se cuidará de amparar la justicia de las reivindicaciones de las organizaciones que tienen derecho a organizarse para defenderse mutuamente en sus derechos. Dios también aprueba el sindicalismo. Dios quiere al hombre unido.

Dios no quiere la dispersión. Dios quiere como ha dicho el Papa que también al campesino se le facilite el acuerparse con otros campesinos y no disgregarlo para que sea masa explotable fácilmente (5 de agosto de 1979).

Dios es alegría, Dios no quiere la tristeza, Dios es optimista, Dios es posibilidad de todo lo bueno, Dios es omnipotencia para hacer el bien y el amor. ¿Quién puede estar triste con la presencia de un Dios que lo llena todo? (16 de diciembre de 1979).

La redención se ha hecho con cruz; el dolor del hombre es cruz y como cruz trae redención, y debe dar paz, alegría de pascua, esperanza de resurrección. No es conformismo porque el conformismo tampoco es alegría. El conformismo es un hombre pesimista, un hombre determinista que cree que todo le viene impuesto de arriba y que él no tiene acción alguna. Ese es un concepto falso, diría yo blasfemo, de la voluntad de Dios. El que no quiere salir de su situación de oprimido, de su situación de marginación creyendo que ésa es voluntad de Dios, está ofendiendo a Dios. ¡Dios no quiere la injusticia social! (16 de diciembre de 1979).

Con gran claridad vemos que en esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte. Y aquí se da la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o servimos a los ídolos de la muerte... Creemos con el apóstol Juan que Jesús es Palabra de la Vida (1Jn 1, 1), y que donde hay vida allí se manifiesta Dios. Donde el pobre comienza a vivir, donde el pobre comienza a liberarse, donde los hombres son capaces de sentarse alrededor de una mesa común para compartir, allí está el Dios de la vida. Por ello cuando la Iglesia se inserta en el mundo socio-político para cooperar a que de él surja vida para los pobres, no está alejándose de su misión ni haciendo algo subsidiario y supletorio, sino que está dando testimonio de su fe en Dios, está siendo instrumento del Espíritu, Señor y dador de vida. Esta fe en el Dios de vida es lo que explica lo más profundo del misterio cristiano. Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aun la propia vida. La mayor muestra de la fe en un Dios de vida es el testimonio de quien está dispuesto a dar su vida: Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por su hermanos (Jn 15, 13). Y esto es lo que vemos a diario en nuestro país. Muchos salvadoreños y muchos cristianos están dispuestos a dar su vida para que haya vida para los pobres (2 de febrero de 1980).

Los antiguos cristianos decían *Gloria Dei, vivens homo*. La gloria de Dios es el hombre que vive. Nosotros podríamos concretar esto diciendo: *Gloria Dei, vivens pauper*. La Gloria de Dios es el pobre que vive (2 de febrero de 1980).

Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios. Por eso tenemos tantos ególatras, tantos orgullosos, tantos hombres apegados de sí mismos, adoradores de los falsos dioses. No se han encontrado con el verdadero Dios y por eso no han encontrado su verdadera grandeza. ¡Y qué desgraciada es la vida cuando en vez de encontrar al Dios verdadero se está adorando al falso dios: dios dinero, dios orgullo, dios placer! ¿Qué quieres Señor de mí?. ¿Qué puedo hacer y en esta situación del país? (10 de febrero de 1980).

Querer mantener la injusticia social, es querer mantener entronizado el pecado y echar aparte a Dios. Sin Dios no puede haber liberación; y donde hay pecado, no puede estar Dios. Los proyectos que solamente se montan para mantener privilegios escandalosos, no pueden ser de Dios (2 de marzo de 1980).

La tierra tiene mucho de Dios, y por eso gime cuando los injustos la acaparan y no dejan tierra para los demás. Las reformas agrarias son una necesidad teológica. No puede estar la tierra de un país en unas pocas manos, tiene que darse a todos y que todos participen de las bendiciones de Dios en esa tierra. Cada país tiene su tierra prometida en el territorio que la geografía le señala. Pero debíamos de ver siempre, y no olvidarlo nunca, esta realidad teológica: que la tierra es un signo de justicia, de la reconciliación. No habrá verdadera reconciliación de nuestro pueblo con Dios mientras no haya un justo reparto, mientras los bienes de la tierra de El Salvador no lleguen a beneficiar y hacer felices a todos los salvadoreños (16 de marzo de 1980).



Una vez más el Señor pregunta a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano? Y aunque Caín le responde al Señor que no es el guardián de su hermano, el Señor replica: La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra. Por eso te maldice esta tierra, que ha abierto sus fauces para recibir de tus manos la sangre de tu hermano. Aunque cul-

tives la tierra, no te pagaré con su fecundidad, andarás errante y perdido en el mundo. Palabras del Génesis en el capítulo 4. Y esta sigue siendo la preocupación principal de la Iglesia, esto es lo que la obliga a levantar incesantemente, incansablemente, semana tras semana, su voz como si fuera voz que clama en el desierto. Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana, como la persona humana. Sobre todo, la persona de los pobres y oprimidos, que además de seres humanos son seres divinos, por cuanto, dijo Jesús, que todo lo que con ellos se hace, El lo recibe como hecho a El. Y esa sangre, la sangre, la muerte, están más allá de toda política, tocan el corazón mismo de Dios, hacen que ni la reforma agraria, ni la nacionalización de la banca, ni otras prometidas medidas puedan ser fecundas si hay sangre (16 de marzo de 1980).

¿Qué es la trascendencia? Yo creo que hasta repito demasiado esta idea, pero no me cansaré de hacerlo. Porque corremos mucho el peligro de querer salir de las situaciones inmediatas y nos olvidamos que los inmediatismos pueden ser parches, pero no soluciones verdaderas. La solución verdadera tiene que encajar en el proyecto definitivo de Dios. Toda la solución que queramos dar a una mejor distribución de la tierra, a una mejor administración del dinero en El Salvador, a una organización política acomodada al bien común de los salvadoreños, tendrá que buscarse siempre en el conjunto de la liberación definitiva (23 de marzo de 1980).



2. Jesús de Nazaret

Pará Monseñor Romero en Jesús se hizo presente el Dios del que antes hablábamos. Por eso Jesús de Nazaret es presentado como liberador, hombre sencillo encarnado entre lo sencillo, con entrañas de misericordia ante las muchedumbres sufrientes.

Muy especialmente recordó a Jesús en el momento de su muerte en cruz, consecuencia de la difamación, el ataque y la persecución. Ahí vio Monseñor a un Jesús, que es el Cristo, el hijo de Dios, sí, pero ante todo al campesino de Nazaret, al hombre que sufría pobreza y se identificaba con los pobres, al hombre que se convirtió en víctima por defender a las víctimas de su pueblo. Para Monseñor, Jesús fue verdaderamente hijo de Dios, presencia de Dios entre nosotros. Pero recalcó la otra verdad fundamental: fue como nosotros, como los pobres y las víctimas. Fue hombre de misericordia y de fidelidad. Derramó lágrimas y gemidos ante Dios, y tuvo que aprender cómo caminar en la historia. A Monseñor le impactó de Jesús el que "no se avergüenza de llamarnos hermanos y hermanas". Por eso ofreció a Jesús como una buena noticia a los pobres.

Lo más novedoso sin embargo es que Monseñor Romero dijo con toda claridad dónde está hoy Jesús entre nosotros. "Ustedes son el Cristo crucificado. Ustedes son el siervo sufriente de Jahvé". Cristo está presente en la historia salvadoreña y en el sufrimiento de los pobres. Se identifica totalmente con el sufrimiento de las víctimas, les da esperanza de liberación.

Ustedes son la imagen del Divino Traspasado, del que nos habla la primera lectura en un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza (19 de abril de 1977).

Jamás me he creído líder de ningún pueblo, porque no hay más que un líder: Cristo Jesús. Jesús es la fuente de la esperanza. En Jesús se apoya lo que predico. En Jesús está la verdad de lo que estoy diciendo (28 de agosto de 1977).

Es una historia tan densa la de El Salvador, queridos hermanos, que nunca se agota. Cada domingo encontramos hechos que están pidiendo la luz de la palabra del Señor. Y el verdadero cristiano en El Salvador no puede prescindir de estas realidades, a no ser que quiera profesar un cristianismo aéreo, sin realidades en la tierra, un cristianismo sin compromisos, espiritualista. Y así es muy fácil ser cristiano, desencarnado, desentendido de las realidades que viven. Pero vivir ese Evangelio, que por orden del Padre eterno tenemos que escuchar de Cristo. ¡a El escuchadle!, vivirlo en el marco real de nuestra existencia, eso es lo difícil, eso es lo que crea conflictos, pero es lo que hace auténtica la predicación del Evangelio y la vida de cada cristiano (19 de febrero de 1978).

Aquí, donde Cristo es carne que sufre. Aquí, donde Cristo es cosa, donde Cristo es persecución, donde Cristo es hombres que duermen en el campo porque no pueden dormir en su casa, donde Cristo es enfermedad que sufre por consecuencia de tantas intemperies y de tantos sufrimientos. Aquí es Cristo con su cruz auestas, no meditado en una capilla junto al viacrucis, sino vivido en el pueblo, es Cristo con su cruz auestas (5 de marzo de 1978).

Sentimos en el Cristo de la semana santa, con su cruz auestas, que es el pueblo que va cargando también su cruz. Sentimos



en el Cristo de los brazos abiertos y crucificados, al pueblo crucificado; pero que desde Cristo, un pueblo que crucificado y humillado, encuentra su esperanza (19 de marzo de 1978).

Cristo insiste en sus apariciones: ¡Tocadme, ved, soy yo! Soy el mismo Cristo histórico que, pasando por la pascua de la muerte y de la resurrección, vivo encarnado en la tierra. Soy el Cristo salvadoreño. Cristo vive en El Salvador, Cristo vive en Guatemala, Cristo vive en Africa. El Cristo histórico, Dios hecho hombre, vive en todos los años de la historia y en todos los pueblos de la geografía. Esta es la característica de este Cristo vivo y presente (2 de abril de 1978).

Cuando despreciamos al pobre, al cortador de café, o de caña, o de algodón, al campesino que hoy va en caravanas buscando el sustento de todo el año, pensemos, hermanos, no lo olvidemos, es el rostro de Cristo. Rostro de Cristo entre costales y canastos de cortador. Rostro de Cristo entre torturas y maltratos de las cárceles. Rostro de Cristo muriéndose de hambre en los niños que no tienen qué comer. Rostro de Cristo el necesitado que pide una voz a la Iglesia (26 de noviembre de 1978).

Y digo que en aquella hora (la hora del juicio) nos vamos a llevar sorpresas, cuando veamos que lo que yo creía que era necesario, Cristo ni le hará caso; y lo que yo no creía necesario, será lo que Cristo está examinando. ¿Cómo trataste al hambriento, al sediento, al que me representaba? Y en esos países Cristo está tan profusamente presente, queridos hermanos, que sería una lástima haber vivido como saturado de la presencia de Cristo, porque estábamos saturados de pobres, y no haberlo conocido. Haber vivido tantos años, tal vez en las comodidades, en las riquezas, en el bienestar político y no nos preocupamos de aquel Cristo que estaba a nuestras puertas o que lo encontrábamos en las calles (26 de noviembre de 1978).

Jesús de Nazaret, como hijo de aquel taller de carpintería, no era más que un hombre como cualquiera de nosotros. ¡Cuántas veces me impresiona a mí esta realidad de que si Cristo viviera hoy, en 1979, tuviera 30 ó 33 años, estuviera allí confundido con ustedes los hombres, como un hombre de 33 años, nadie lo distinguiría, tal vez venido de un cantón, allá viene con su mamá, es la Virgen. Nadie lo conocería, tal vez estaría aquí entre nosotros también! (14 de enero de 1979).

¡Qué hermoso nombre para Cristo! El sí de las promesas de Dios. El sí en que Dios, que ha prometido cosas tan inauditas como una salvación nueva, un perdón de los pecados, un llamamiento de todos los pueblos a formar un solo pueblo, un solo amor, no se arrepiente de sus promesas, sino que en Cristo las cumple, aun

cuando ese Hijo de sus amores sea llevado a ser clavado en una cruz... En Cristo se hacen amén las esperanzas de todos los pueblos, porque en Cristo se hacen sí las promesas de Dios. Cristo es la zona donde el hombre necesitado, los pueblos pecadores, las sociedades ennegrecidas, sin esperanza, miran la esperanza de un Dios que todavía nos ama (18 de febrero de 1979).

Cristo vive aquí, no con una presencia física, limitada a un pueblo de Palestina. Cristo vive ahora en cada cantón, en cada pueblo, en cada familia donde hay un corazón que haya puesto en él su esperanza, donde hay un afligido que espera que pasará la hora de su dolor, donde hay un torturado, hasta en la cárcel está presente, en el corazón del que espera y ora. Cristo está presente ahora con una presencia mucho más viva que cuando peregrinó treinta y tres años entre nosotros (7 de mayo de 1979).

El evangelio de hoy, presentándonos a Cristo frente a la niña muerta, tomándola de la mano y devoliéndola la vida, o también dándole la salud a una mujer que padecía de una enfermedad incurable desde hacía doce años, es la imagen más bella del poder de la vida en medio de la muerte y de la enfermedad. Junto a esta niña muerta miremos a tantos jóvenes y tantas jóvenes, a tantos hombres, niños muertos. El imperio de la muerte se pasea sobre la tierra y, sobre todo, en nuestro país donde la muerte violenta ya casi se hizo aire que respiramos; los hospitales con heridos a consecuencia de la violencias o enfermedades naturales, los cementerios llenándose cada vez más de muerte, pero en medio de todo ese marco negro, la luz del poder que da la vida: Jesucristo (1 de julio de 1979).



Cristo quiere buscar un momento de reposo, pero la gente lo necesita y va allá y lo encuentra. Es una muchedumbre que el evangelio describe con la palabra inigualable: Al desembarcar, Jesús vio una multitud y le dio lástima porque andaban como ovejas sin pastor y se puso a enseñarles con calma. No había prisa, ya no había cansancio, las ovejas lo requieren. Este sí que es buen pastor (22 de julio de 1979).

¿Cómo no va a llorar Cristo con la madre que llora la desaparición de su hijo? ¿Cómo no va a sufrir Cristo con el pobre que murió entre torturas? ¿Cómo no va a reprochar Cristo el crimen de los Guardias y de ORDEN que se llevan en forma burlesca al hijo que deja desamparada a una familia? (29 de julio de 1979).

¡Qué expresión más hermosa! Venid a mí, dice Cristo. Nadie puede venir a mí si el Padre no lo trae. Venid a mí es tener confianza en alguien. Cómo me da gusto cuando en los pueblitos humildes las gentes y los niños se agolpan a uno; o va llegando uno al pueblo y le salen al encuentro; llegan con confianza porque saben que les lleva uno el mensaje de Dios. Esta es la fe que Cristo quiere: ir a él. Que lo busquemos con la confianza con que un angustiado busca a alguien que lo puede proteger. Creer en Cristo es tener confianza en él, poner en él toda nuestra vida (12 de agosto de 1979).

Emocionante me parece el momento de crisis en la vida de Cristo, cuando después que la muchedumbre le sigue, se le va yendo, se va quedando solo. Y cuando él pregunta en esa soledad que cada vez se va haciendo más aguda: ¿ustedes también se quieren ir?, la respuesta de Pedro es maravillosa: ¿A quién iremos? ¡Si sólo tú tienes palabras de vida eterna? (26 de agosto de 1979)

Ya lo dijo el Señor: No es el que dice Señor, Señor, el que reza mucho y bonito, el que entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Pone dos ejemplos la carta de hoy, de Santiago: Visitar a las viudas y los huérfanos y conservarse limpio en el mundo. Esto es la verdadera religión. No sólo conservarse limpio, sino visitar a viudas y huérfanos. Es una expresión bíblica que quiere decir: ocuparse del necesitado. Puebla no fue más que el eco de esta voz cuando dice que la opción preferencial de la Iglesia en América Latina tiene que ser la opción preferencial por los pobres. Explica perfectamente: no se trata de dividir entre pobres y ricos... Aquí están llamados todos. No excluimos a nadie. Los ricos, principalmente, vengán y se salvarán. Pero sólo se salvarán si vienen a hacer lo que Cristo quiere: no a vivir derrochando en ofensa de la pobreza de la mayoría. Los pobres nos dan la oportunidad de no hacer una religión vacía de obras (2 de septiembre de 1979).

Cristo se preocupa de un sordomudo. Cristo, si fuera verdad la espiritualidad individualista o egósta, hubiera pasado como el sacerdote de la parábola, sin hacerle caso al pobre sordomudo; sin embargo se detiene frente a él y con la paciencia de quien administra un sacramento hace estos gestos sacramentales: le pone sus dedos en las orejas y con la saliva le toca la lengua. Miren qué potencia la del cuerpo de Cristo. Cristo es Dios en persona, encarnado en un cuerpo de hombre, y todo lo que Cristo toca tiene potencia de Dios. Los dedos de Cristo, dedos de hombre como los míos, pero dentro de él iba lo que no va en mí: la persona divina del Hijo de Dios. ¡Toca la enfermedad y sana! Podría haber hecho florecer el desierto materialmente, como calmó las aguas y las tempestades. Hay potencia de Dios. Por eso, aquel sordomudo, al que tal vez no le podía hablar porque no le oía, era sordo, con un gesto se lo dice todo: tocándole las orejas y la lengua y levantando los ojos al cielo, y dando un suspiro. Estos son los gestos que hablan aun al mudo necesitado de lengua y al sordo necesitado de oído: las señales de la liberación. Les estaba diciendo: Tú tienes un destino trascendente —cielo—, yo mismo he venido de allá. Qué dulce debió ser aquella mirada de Cristo hacia el Padre: la intimidad con Dios. Estos son los verdaderos liberadores, hombres que no olvidan que sólo en Dios está el destino de la liberación del hombre (9 de septiembre de 1979).

Y volvemos aquí a la opción preferencial por los pobres. No es demagogia, es Evangelio puro. Si no nos preocupamos de los intereses del pobrecito, del pequeñuelo, pero no de cualquier modo, sino porque representa a Jesús, por la fe que abre el humilde, el marginado, el pobre, el enfermo; mirar en él a Jesús, esa es la trascendencia. Cuando no se mira más que un rival, un imprudente, alguien que viene a aguarne mis fiestas, naturalmente, el pobre estorba. Pero cuando se abraza, como abrazó Cristo al leproso, y cuando levanta el buen samaritano al herido del camino, porque lo que haga a él, se lo hace a Cristo, ésta es la trascendencia, sin la cual no es posible una perspectiva de justicia social, Cristo presente en los pequeñitos (30 de septiembre de 1979).

Buscando en las lecturas de hoy un apoyo a este pensamiento, diré que en Cristo encontramos el modelo de liberación, hombre que se identifica con el pueblo, hasta llegar los intérpretes de la Biblia a no saber si el Siervo de Yahvé, que proclama Isaías, es el pueblo sufriendo o es Cristo que viene a redimimos. ¡Qué hermoso cuando un liberador se identifica tan profundamente con el pueblo, que su causa es la misma causa del pueblo y del individuo que libera! (21 de octubre de 1979).

Esta noche no busquemos a Cristo entre las opulencias del mundo, entre las idolatrías de la riqueza, entre los afanes del poder, entre las intrigas, de los grandes. Allí no está Dios. Busquemos a Dios con la señal de los ángeles: reclinado en un pesebre, envuelto en los pobres pañales que le pudo hacer una humilde campesina de Nazaret, unas mantillitas pobres y un poco de zacate como descanso del Dios que se ha hecho hombre, del Rey de los siglos que se hace accesible a los hombres como un pobrecito niño. Es hora de mirar hoy al Niño Jesús no en las imágenes bonitas de nuestros pesebres, hay que buscarlo entre los niños desnutridos que se han acostado esta noche sin tener que comer, entre los pobrecitos vendedores de periódicos que dormirán arropados de diarios allá en los portales, entre el pobrecito lustrador que tal vez se ha ganado lo necesario para llevar un regalito a su mamá, o, quién sabe, del vendedor de periódicos que no logró vender los periódicos y recibirá una tremenda reprimenda de su padrasto o de su madrastra. ¡Qué triste es la historia de nuestros niños! Todo eso lo asume Jesús esta noche (24 de diciembre de 1979).

¡Cristo ha resucitado, Cristo vive y ésta es la gran fe y confianza, la gran espiritualidad de los pobres, este es nuestro Dios, el Dios de los pobres, como le canta nuestra canción popular! (17 de febrero de 1980).

Cristo es salvadoreño para los salvadoreños. Cristo ha resucitado aquí en El Salvador para nosotros, para buscar desde la fuerza del Espíritu nuestra propia idiosincrasia, nuestra propia historia, nuestra propia libertad, nuestra propia dignidad de pueblo salvadoreño (24 de febrero de 1980).

Procuremos, hermanos, que Cristo esté en medio de nuestro proceso popular. Procuremos que Cristo no se aleje de nuestra historia. Esto es lo que más interesa en este momento de la patria: que Cristo sea gloria de Dios, poder de Dios; y que el escándalo de la cruz y el dolor no nos haga huir de Cristo, borrar el sufrimiento, sino abrazarlo (2 de marzo de 1980).

3. Iglesia

Comencemos con una frase histórica de Monseñor Romero: "Me alegro hermanos de que la iglesia sea perseguida por defender a los pobres. Sería muy triste que en un país en que se está asesinando tan horrorosamente no hubiese también sacerdotes asesinados. Es un signo de que la Iglesia está encarnada en el pueblo". Nadie dudará de que Monseñor Romero creyó en la Iglesia, que fue fiel al Papa y a su jerarquía, que defendió la ortodoxia y procuró evitar desviaciones pastorales. Nadie dudará de que Monseñor Romero creía que la Iglesia provenía de Jesús y de sus enseñanzas. Sin embargo la frase con la que hemos comenzado dice algo más. Rompiendo con siglos de historia, Monseñor dijo: "no queremos ser diferentes, queremos ser salvadoreños, llorar con los que lloran, ser perseguidos con los que son perseguidos, morir con los que son asesinados, alegrarnos con las esperanzas del pueblo".

De esa manera, aun sin usar la palabra, decía Monseñor: "queremos una Iglesia realmente encarnada como Jesús, hecha carne real en la realidad salvadoreña". Ahí veía él la raíz fundamental de lo que debe ser la Iglesia y de su potencial para salvar. Siendo real como Jesús, la Iglesia tenía que anunciar la palabra, defender al pobre hasta la muerte, denunciar al poderoso, exigir y ofrecer conversión a todos. Muy especialmente, romper con la tradición y tentación secular de aliarse con el poder, aunque fuese para cosas buenas. "La Iglesia está con el pueblo. Y según le vaya al pueblo juzgaremos, apoyaremos o denunciaremos lo que hagan los poderosos". Monseñor hizo de la Iglesia un verdadero cuerpo eclesial, la convirtió en verdadero pueblo de Dios, criticó sus errores. Pero sobre todo esa Iglesia le produjo gozo: "con este pueblo no cuesta ser buen pastor".

La Iglesia no puede callar ante esas injusticias del orden económico, del orden político, del orden social. Si callara, la Iglesia sería cómplice con el que se margina y duerme un conformismo enfermizo, pecaminoso, o con el que se aprovecha de ese adormecimiento del pueblo para abusar y acaparar económicamente, políticamente, y marginar una inmensa mayoría del pueblo. Esta es la voz de la Iglesia, hermanos. Y mientras no se le deje libertad de clamar estas verdades de su Evangelio, hay persecución. Y se trata de cosas sustanciales, no de cosas de poca importancia. Es cuestión de vida o muerte para el reino de Dios en esta tierra (24 de julio de 1977).

Ahora la Iglesia no se apoya en ningún poder, en ningún dinero. Hoy la Iglesia es pobre. Hoy la Iglesia sabe que los poderosos la rechazan, pero que la aman los que sienten en Dios su confianza... Esta es la Iglesia que yo quiero. Una Iglesia que no cuente con los privilegios y las valías de las cosas de la tierra. Una Iglesia cada vez más desligada de las cosas terrenas, humanas, para poderlas juzgar con mayor libertad desde su perspectiva del Evangelio, desde su pobreza (28 de agosto de 1977).

Hermanos, no nos debe de extrañar cuando se habla de Iglesia perseguida. Muchos se scandalizan y dicen que estamos exagerando, que no hay Iglesia perseguida. ¡Pero si es la nota histórica de la Iglesia! Siempre tiene que ser perseguida. Una doctrina que va contra las inmoralidades, que predica contra los abusos, que va siempre predicando el bien y atacando el mal, es una doctrina puesta por Cristo para santificar los corazones, para renovar las sociedades. Y, naturalmente, cuando en esa sociedad o en ese corazón hay pecado, hay egoísmo, hay podredumbres, hay envidias, hay avaricias, pues el pecado salta, como la culebra cuando tratan de apelmazarla, y persigue al que trata de perseguir el mal, el pecado. Por eso, cuando la Iglesia es perseguida es señal de que está cumpliendo su misión (25 de noviembre de 1977).

Una religión de misa dominical pero de semanas injustas, no agrada al Señor. Una religión de mucho rezo pero con hipocresía en el corazón, no es cristiana. Una Iglesia que se instalara sólo para estar bien, para tener mucho dinero, mucha comodidad, pero que olvidara el reclamo de las injusticias, no sería la verdadera Iglesia de nuestro divino Redentor (4 de diciembre de 1977).

Que esto quede muy claro, porque la Iglesia no puede identificarse con ningún partido político ni con ninguna organización de carácter político, social, cooperativo. La Iglesia no tiene sistemas. La Iglesia no tiene métodos. La Iglesia sólo tiene inspiración cristiana, una obligación de caridad que la urge a acompañar

a quienes sufren las injusticias y a ayudar también a las reivindicaciones justas del pueblo (16 de abril de 1978).

Yo quisiera que subrayáramos mucho esta gran enseñanza, porque la Iglesia no está en la tierra para privilegios, para apoyarse en el poder o en la riqueza, para congraciarse con los grandes del mundo. La Iglesia no está ni siquiera para erigir grandes templos materiales o monumentos. La Iglesia no está en la tierra para enseñar sabiduría de la tierra. La Iglesia es el reino de Dios que nos está dando precisamente esto: filiación divina (30 de julio de 1978).

Dios está en Cristo y Cristo está en la Iglesia. Pero Cristo desborda la Iglesia. Es decir, la Iglesia no puede pretender tener del todo a Cristo, al modo de decir: sólo los que están en la Iglesia son cristianos. Hay muchos cristianos de alma que no conocen la Iglesia, pero que tal vez son más buenos que los que pertenecen a la Iglesia. Cristo desborda la Iglesia, como cuando se mete un vaso en un pozo abundante de agua, el vaso está lleno de agua pero no contiene todo el pozo, hay mucha agua fuera del vaso. Así dice el Concilio que hay muchos elementos de verdad y de gracia que pertenecen a Cristo y que no están en la Iglesia. Esta es una de las grandes revelaciones, diríamos, redescubrimientos de una gran verdad. Para quienes se sienten orgullosos vanamente de la institución Iglesia, sepan que podemos decir: allí no son todos los que están ni están todos los que son. No están todos los que son, hay muchos cristianos que no están en nuestra Iglesia. Bendito sea Dios, que hay mucha gente buena, buenísima, fuera de los confines de la institución Iglesia: protestantes, judíos, mahometanos... (13 de agosto de 1978).

Aquí nos está dando Cristo la respuesta a una calumnia que se oye muy frecuente: ¿Por qué la Iglesia sólo le está predicando a los pobres? ¿Por qué la Iglesia de los pobres? ¿Que acaso los ricos no tenemos alma? Claro que sí y los amamos entrañablemente y deseamos que se salven, que no vayan a perecer aprisionados en su propia idolatría, les pedimos espiritualizarse, hacerse almas de pobres, sentir la necesidad, la angustia del necesitado (15 de octubre de 1978).

El verdadero predicador de Cristo es Iglesia de los pobres para encontrar en la pobreza, en la miseria, en la esperanza del que reza en el tugurio, en el dolor, en el no ser oído, un Dios que oye, y solamente acercándose a esa voz se puede sentir también a Dios. Os fijáis en las personas al aplicar la ley. ¡Qué bien lo decía el campesino: la ley es como la culebra, sólo muerde a los que andan descalzos! (5 de noviembre de 1978).

Lo más grandioso de la Iglesia son ustedes, los que no son sacerdotes ni reli-

gias, sino que en la entraña del mundo, en el matrimonio, en la profesión, en el negocio, en el mercado, en el jornal de cada día, ustedes son los que están llevando el mundo y de ustedes depende el santificarlo según Dios (26 de noviembre de 1978).

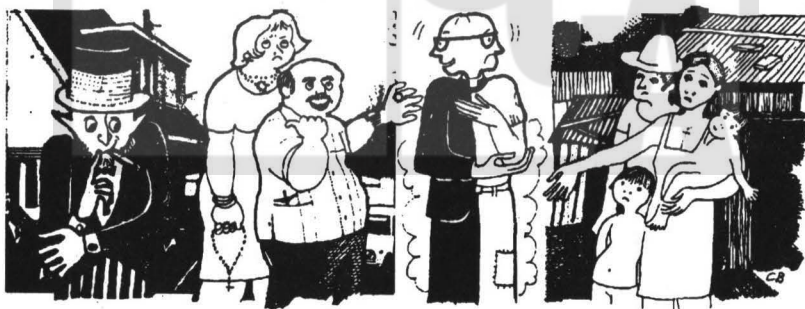
Cuando hablamos de la Iglesia de los pobres no estamos haciendo una dialéctica marxista, como si la otra fuera la Iglesia de los ricos. Lo que estamos diciendo es que Cristo, inspirado en el espíritu de Dios, dijo: Me ha enviado el Señor para evangelizar a los pobres, palabras de la Biblia para decir que, para escucharlo, es necesario hacerse pobre (3 de diciembre de 1978).

Fuera de la Iglesia también todo hombre que lucha por la justicia, todo hombre que busca reivindicaciones justas en un ambiente injusto, está trabajando por el reino de Dios, y puede ser que no sea cristiano. La Iglesia no abarca todo el reino de Dios. El reino de Dios está más afuera de las fronteras de la Iglesia y, por lo tanto, la Iglesia aprecia todo aquello que sintoniza con su lucha por implantar el reino de Dios. Una Iglesia que trata solamente de conservarse pura, incontaminada, eso no sería Iglesia de servicio de Dios a los hombres (3 de diciembre de 1978).

La Iglesia se predica desde los pobres y no nos avergonzamos nunca de decir: la Iglesia de los pobres, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención (24 de diciembre de 1978).

Fíjense que el conflicto no es entre la Iglesia y el gobierno. Es entre gobierno y pueblo. La Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia, ¡gracias a Dios! (21 de enero de 1979).

Cuando hablamos de Iglesia de los pobres simplemente estamos diciendo a los ricos también: vuelvan sus ojos a esta Iglesia y preocupense de los pobres como de un asunto propio (4 de marzo de 1979).



La persecución es una nota característica de la autenticidad de la Iglesia. Que una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando de los privilegios y el apoyo de las cosas de la tierra, ¡tengan miedo!, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Esto no quiere decir que sea normal esta vida de martirio y de sufrimiento, de miedo y de persecución, sino que debe significar el espíritu del cristiano. No estar con la Iglesia únicamente cuando las cosas andan bien, sino que seguir a Jesucristo con el entusiasmo de aquel apóstol que decía: si es necesario muramos con él (11 de marzo de 1979).

Si nuestra arquidiócesis se ha convertido en una diócesis conflictiva, no le quepa duda, es por su deseo de fidelidad a esta evangelización nueva, que del Concilio Vaticano II para acá y en las reuniones de obispos latinoamericanos, están exigiendo que tiene que ser una evangelización muy comprometida, sin miedo. Evangelización exigente que señala peligros y que renuncia a privilegios, y que no le tiene miedo al conflicto cuando ese conflicto lo provoca nada más la fidelidad al Señor (22 de abril de 1979).

En cualquier sistema o coyuntura política, la Iglesia no se identifica con ninguna opción política concreta, sino que apoya lo que en ella haya de justo, así como está dispuesta a denunciar siempre lo que tenga de injusto. No dejará de ser voz de los que no tienen voz mientras haya oprimidos, marginados de la participación en la gestación y en los beneficios del desarrollo del país (20 de mayo de 1979).

Es hora de reflexionar sobre el pecado de la Iglesia, que todos lo podemos cometer, y porque el que denuncia tiene que estar dispuesto a ser denunciado. Lo estoy diciendo con franqueza cristiana y evangélica a los cristianos, empezando por mí mismo, un análisis de nuestro comportamiento frente a las exigencias de una Iglesia que no puede volver atrás en su compromiso preferencial por el pobre (21 de junio de 1979).

Es un escándalo en nuestro ambiente, que refleja la realidad descrita por Puebla, que haya personas e instituciones en la Iglesia que se despreocupen del pobre y que vivan a gusto. Es necesario, pues, un esfuerzo de conversión (1 de julio de 1979).

El profeta denuncia también los pecados internos de la Iglesia. ¿Y por qué no? Si obispos, Papa, sacerdotes, nuncios, religiosas, colegios católicos, estamos formados por hombres y los hombres somos pecadores y necesitamos que alguien nos sirva de profeta para que nos llame a conversión, para que no nos deje instalar

una religión como si ya fuera intocable. La religión necesita profetas y gracias a Dios que los tenemos. Porque estaría muy triste una Iglesia que se sintiera tan dueña de la verdad que rechazara todo lo demás. Una Iglesia que sólo condena, una Iglesia que sólo mira pecado en los otros y no mira la viga que lleva en el suyo, no es la auténtica Iglesia de Cristo (8 de julio de 1979).

Muchas personas que pertenecen a altas categorías y que se sientan las dueñas de la Iglesia, sienten que la Iglesia las abandona y como que ha olvidado la Iglesia su misión espiritual: ya no predica espiritual, ya sólo predica política. No es eso, es que está señalando el pecado y esa sociedad tiene que escuchar ese señalamiento y convertirse para ser como Dios quiere (8 de julio de 1979).

No podemos trabajar por quedar bien con los de arriba. Nuestra palabra en nombre de Dios tenemos que decirla denunciando tantas injusticias. ¡Hay tantas maneras de hacerse cómplice con las manos criminales! La Iglesia no puede complicarse con todo esto; tiene que decir su palabra aun cuando caiga mal a aquellos que, como en el caso de Amasías, tenían que hacer respetar más la voz de su rey que el mensaje de su Dios (15 de julio de 1979).

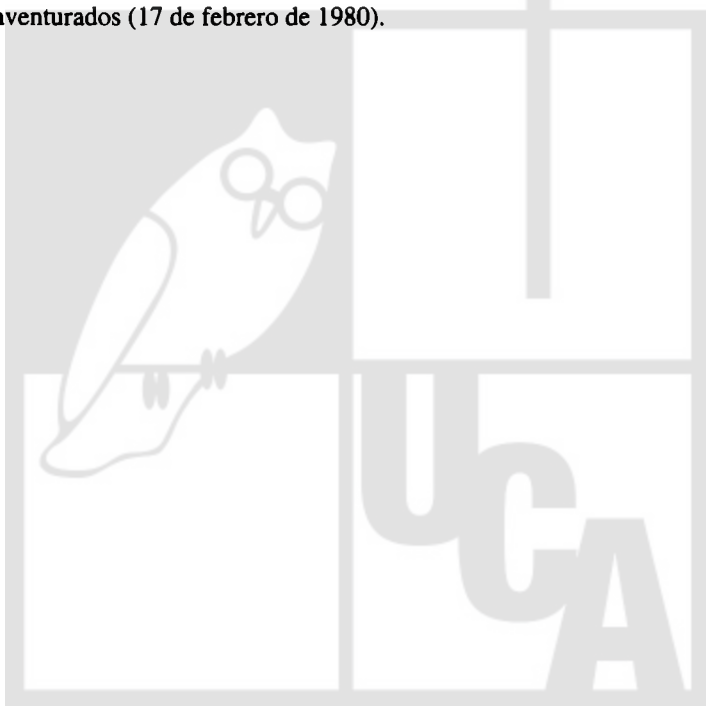
El otro día, a uno de esos hombres que proclaman la liberación en el sentido político, le preguntábamos: ¿Qué significa para ustedes la Iglesia? Y dice esta palabra escandalosa: Es que hay dos Iglesias: la Iglesia de los ricos y la Iglesia de los pobres. Creemos en la Iglesia de los pobres, pero no creemos en la Iglesia de los ricos. Naturalmente, es una frase demagógica y yo no admitiré nunca una división de la Iglesia. No hay más que una Iglesia, ésta que Cristo predica, la Iglesia que debe darse con todo el corazón; porque aquel que se llama católico y está adorando sus riquezas y no quiere desprenderse de ellas, no es cristiano, no ha comprendido el llamamiento del Señor, no es Iglesia. El rico que está de rodillas ante su dinero, aunque vaya a Misa y aunque haga actos piadosos, si no se ha desprendido en el corazón del ídolo dinero, es un ídolatra, no es un cristiano. No hay más que una Iglesia, la que adora al verdadero Dios y la que le sabe dar a las cosas su valor relativo (11 de noviembre de 1979).

En esta situación conflictiva y antagónica, en que unos pocos controlan el poder económico y político, la Iglesia se ha puesto del lado de los pobres y ha asumido su defensa. No puede ser de otra manera, pues recuerda a aquel Jesús que se compadecía de las muchedumbres. Por defender al pobre ha entrado en grave conflicto con los poderosos de las oligarquías económicas y los poderes políticos y militares del Estado (2 de febrero de 1980).

Los pobres han marcado el verdadero caminar de la Iglesia. Una Iglesia que no se une a los pobres para denunciar desde los pobres las injusticias que con ellos se cometen, no es verdadera Iglesia de Jesucristo (17 de febrero de 1980).

Queremos una Iglesia que de veras esté codo a codo con el pobre pueblo de El Salvador y así notamos que cada vez, en este acercarse al pobre, descubrimos el verdadero rostro del Siervo sufriente de Yahvé. Es allí donde nosotros conocemos más cerca el misterio del Cristo que se hace hombre y se hace pobre por nosotros (17 de febrero de 1980).

No es un prestigio para la Iglesia estar bien con los poderosos. Este es el prestigio de la Iglesia: sentir que los pobres la sienten como suya, sentir que la Iglesia vive una dimensión en la tierra llamando a todos, también a los ricos, a convertirse y salvarse desde el mundo de los pobres, porque ellos son únicamente los bienaventurados (17 de febrero de 1980).



4. Los pobres

Hay amores y amores. Suele ocurrir que alguien ame a los pobres y también, lo cual es legítimo, que ame a un partido político, una iglesia, una congregación religiosa... Pero no es frecuente que alguien ame a los pobres y no ame a nadie por encima de ellos. Quizás hay que volver hasta Jesús o recordar a un Francisco de Asís. De ese tipo de hombres fue Monseñor Romero.

Las acusaciones que se le hacían, sobre todo en el punto de los pobres, muestran maldad, pero sobre todo muestran el total desconocimiento de Monseñor Romero. Repitió que no estaba al servicio de ninguna ideología, pero no le quisieron creer como a Jesús. Lo que ocurría, ayer como hoy, es que los pobres son lo más real de lo real. Hablar de ellos, amarles y defenderles, era necesariamente hablar del país y de sus diversos sectores sociales.

Monseñor denunció y acusó duramente a los opresores. Le dolía el corazón ver el despilfarro junto a la miseria, y, peor aún, ver la muerte que, lenta y violentamente producían los opresores. Por eso también Monseñor Romero defendió el derecho, la bondad y la necesidad de la organización popular. Las criticó sin duda, cuando cometían errores, a veces graves, pero las vio con simpatía y, sobre todo, con esperanza como expresión y defensa de las mayorías populares.

Desde los pobres vio que la Iglesia tenía que ser una Iglesia de los pobres, que no se puede ser de Dios sin ser de los pobres. En palabras lapidarias dijo: "es inconcebible que alguien se diga cristiano y no tome, como Cristo una opción preferencial por los pobres. Es un escándalo que los cristianos de hoy critiquen a la Iglesia porque piensa por los pobres".

Hacemos un llamado a la cordura y la reflexión. Nuestro país no puede seguir así. Hay que superar la indiferencia entre muchos que se colocan como meros

espectadores ante la terrible situación, sobre todo en el campo. Hay que combatir el egoísmo que se esconde en quienes no quieren ceder de lo suyo para que alcance a los demás. Hay que volver a encontrar la profunda verdad evangélica de que debemos servir a las mayorías pobres (2 de abril de 1978).

Es inconcebible que se diga alguien cristiano y no tome como Cristo una opción preferencial por los pobres. Es un escándalo que los cristianos de hoy critiquen a la Iglesia porque piensa por los pobres (9 de septiembre de 1979).

Un cristiano que se solidariza con la parte opresora no es verdadero cristiano. Un cristiano que defiende posiciones injustas que no se pueden defender, sólo por mantener su puesto, ya no es cristiano (16 de septiembre de 1979).

Nadie comprende tanto al pobre como el que es pobre evangélico. Sabe lo que significa el hambre de la madre, del niño, del tugurio, porque él también vive, tal vez no en las condiciones físicas iguales, pero sí en una espiritualidad de pobre que lo hace comprender y compartir. No da como de arriba a abajo; ya no es tiempo de paternalismos; es tiempo de fraternidad, de sentir que es hermano, que me interesa el interés del pobre, del campesino, del que no tiene (15 de julio de 1979).

La trascendencia que la Iglesia predica no es una alienación, no es irse al cielo a pensar en la vida eterna y olvidarse de los problemas de la tierra. Es una trascendencia desde el corazón del hombre. Es meterse en el niño, meterse en el pobre, meterse en el andrajoso, en el enfermo, en la cabaña, en la choza, es ir a compartir con él. Y desde la entraña misma de la miseria, de su situación, trascenderlo, elevarlo, promoverlo, decirle: Tú no eres basura, tú no eres un marginado. Es decirle cabalmente lo contrario: Tú vales mucho (23 de septiembre de 1979).

La verdadera pobreza es preocuparse preferencialmente por los pobres como si fuera nuestra propia causa. Y por eso, también sentir que uno es pobre y que necesita de Dios la fuerza en todas las situaciones (16 de diciembre de 1979).

Siento como Pastor que tengo un deber para con las organizaciones políticas populares. Aun cuando ellas desconfíen de mí, mi deber es defender su derecho de organización, apoyar todo lo justo de sus reivindicaciones. Pero así también, quiero mantener mi autonomía para criticar todos sus abusos de organización, para denunciar todo aquello que ya significa una idolatría de organización; y llamarlos, en cambio, a un diálogo de búsqueda entre todos. Las fuerzas organizadas son poderosas en una sociedad y lo pueden todo cuando son capaces de dialogar. Pero también disminuyen las fuerzas cuando son fanáticas y no quieren más que su

propia voz. La palabra del arzobispo, pues, no es una oposición sistemática a las organizaciones (16 de diciembre de 1979).

El mundo de los pobres con características sociales y políticas bien concretas, nos enseña dónde debe encarnarse la Iglesia para evitar la falsa universalización que termina siempre en connivencia con los poderosos. El mundo de los pobres nos enseña cómo ha de ser el amor cristiano que busca ciertamente la paz, pero desenmascara el falso pacifismo, la resignación y la inactividad; que debe ser ciertamente gratuito pero debe buscar la eficacia histórica. El mundo de los pobres nos enseña que la sublimidad del amor cristiano debe pasar por la imperante necesidad de la justicia para las mayorías y no debe rehuir la lucha honrada. El mundo de los pobres nos enseña que la liberación llegará no sólo cuando los pobres sean puros destinatarios de los beneficios de gobiernos o de la misma Iglesia, sino actores y protagonistas ellos mismos de su lucha y de su liberación, desenmascarando así la raíz última de falsos paternalismos aun eclesiales (2 de febrero de 1980).

Queridos hermanos, yo aprovecho para decirles, sobre todo, a los queridos hermanos de las organizaciones populares políticas: que las reivindicaciones del pueblo son muy justas y que hay que seguir defendiendo la justicia social y el amor a los pobres. Pero por eso, si de verdad amamos al pueblo y tratamos de defenderlo, no le vayamos a quitar lo más valioso: su fe en Dios, su amor a Jesucristo, sus sentimientos cristianos (10 de febrero de 1980).

Creo más que nunca en las organizaciones de masas, creo en la verdadera necesidad de que el pueblo salvadoreño se organice, porque creo que las organizaciones de masas son las fuerzas sociales que van a empujar, que van a presionar, que van a lograr una sociedad auténtica, con justicia social y libertad. La organización es necesaria para luchar con eficiencia. Pero también he sido franco con las organizaciones de masas y ése es un servicio que la Iglesia ofrece: decir, señalar los posibles errores e injusticias. Y lo hago, repito, porque son necesarias para el proceso de liberación y no pueden ni deben perder de vista su razón de ser: fuerza social para el bien del pueblo. Hay que evitar el fanatismo, el sectarismo, que impide establecer el diálogo y las alianzas. En la política, mi papel es el de Pastor, orientar, señalar objetivos más eficientes. Y porque estimo a las organizaciones de masas, siento una gran satisfacción por el espíritu de unidad, que ya se traduce a la práctica de los hechos. El bien común tenemos que salvarlo entre todos (15 de febrero de 1980).

Y los pobres son el grito constante que denuncia, no sólo la injusticia social, sino también la poca generosidad de nuestra propia Iglesia (17 de febrero de 1980).

Bienaventurados los pobres de espíritu. Y muchos han tergiversado esta frase hasta el modo de querer decir que todos son pobres, hasta el que está oprimiendo a los demás. No es cierto. En el contexto del Evangelio pobre de espíritu, y como Lucas dice simplemente, pobre, es el que carece, el que está sufriendo una opresión, el que necesita de Dios para salir de esta situación (17 de febrero de 1980).

Este es el compromiso de ser cristiano: seguir a Cristo en su encarnación. Y si Cristo es Dios majestuoso que se hace hombre humilde hasta la muerte de los esclavos en una cruz y vive con los pobres, así debe ser nuestra fe cristiana. El cristiano que no quiere vivir ese compromiso de solidaridad con el pobre, no es digno de llamarse cristiano (17 de febrero de 1980).

La existencia, pues, de la pobreza como carencia de lo necesario, es una denuncia. Hermanos, quienes dicen que el obispo, la Iglesia, los sacerdotes, hemos causado el malestar del país, quieren echar polvo sobre la realidad. Los que han hecho el gran mal son los que han hecho posible tan horrorosa injusticia social en que vive nuestro pueblo (17 de febrero de 1980).

Lo que marca para nuestra Iglesia los límites de esta dimensión política de la fe, es precisamente el mundo de los pobres. En las diversas coyunturas políticas lo que interesa es el pueblo pobre. No quiero detallarles todos los vaivenes de la política en mi país, he preferido explicarles las raíces profundas de la actuación de la Iglesia en este mundo explosivo de lo socio-político salvadoreño y he pretendido esclarecerles el último criterio, que es teológico e histórico, para la actuación de la Iglesia en este campo: el mundo de los pobres. Según les vaya a ellos, al pueblo pobre, la Iglesia irá apoyando desde su especificidad de Iglesia, uno u otro pro-



yecto político. O sea, que la Iglesia así es como mira en este momento de la homilía: apoyar aquello que beneficie al pobre; así como también denunciar todo aquello que sea un mal para el pueblo (17 de febrero de 1980).

No estoy al servicio de ninguna ideología. Estoy al servicio de las organizaciones del pueblo. Me siento con libertad absoluta para indicarle a usted en esta entrevista, los puntos en que no coincido con las organizaciones populares y aquéllos en que estoy de acuerdo con ellas. Y tengo una enorme esperanza en las organizaciones del pueblo. Al participar en la lucha del pueblo no estoy dando ningún paso oportunista. Estoy situándome en el punto de partida en el que se debe situar la Iglesia (22 de marzo de 1980).



5. Pecado y conversión

Ha bajado mucho ese lenguaje, o se ha reducido a ciertos ámbitos de la existencia familiar y sexual. Quizás en esto haya que volver con gran honestidad a Monseñor Romero. "El mal es muy profundo en El Salvador", solía decir. Y añadía cosas muy importantes para el momento actual. "Siempre estaremos cambiando de nombres pero existe siempre el mismo mal". Como Ignacio Ellacuría, afirmaba que el signo de los tiempos es siempre "el pueblo crucificado". Cambian las formas de crucifixión, pero la crucifixión permanece siempre.

Ese pueblo crucificado, ayer y hoy, es la máxima expresión del pecado. Pecado es lo que dio muerte al hijo de Dios y pecado sigue siendo lo que da muerte a los hijos e hijas de Dios. Si Monseñor Romero, dubitante a veces en sus años anteriores a su ministerio arzobispal, después fue absolutamente ineludible en la denuncia del pecado, del dar muerte. Y vio como el mayor pecado –"estructural" se decía entonces– la injusticia y la seguridad nacional, dos formas de producir la muerte a los pobres, más lenta la primera, más rápida y violenta la segunda.

De ahí la necesidad de conversión. La conversión de la persona le preocupó hondamente hasta el final, y sólo con emoción se pueden leer las reflexiones del último retiro espiritual que hizo sobre sus propias limitaciones. Pero bramó realmente contra el pecado estructural pidiendo conversión. Sabía lo difícil que era: los corazones no quieren oír ni aunque sea un muerto el que les venga a decir: ¡estamos muy mal en El Salvador! Sin embargo, se mantuvo fiel hasta el final: "yo grito fuerte contra la injusticia, pero para decir a los injustos ¡conviértanse! Grito en nombre del dolor para decirle a los criminales ¡conviértanse!".

La violencia la producen todos, no sólo los que matan, sino los que impulsan a matar... Queridos hermanos, la violencia, aun en aquellos que no hacen lo posible por descubrir sus orígenes, es criminal. Tan pecadores como los mismos que empuñan las armas para matar, en esta hora de campaña difamatoria. ¿Y cómo es posible que se permita decir que sólo es el principio? ¿Cómo es posible que se

permita amenazar con matar más vidas? La vida es sagrada. La Iglesia está al lado de defender la vida, sin considerar motivaciones políticas o de otro tipo, solamente porque es un pecado quitar la vida, pecado contra la Ley de Dios (12 de mayo de 1977).

Seremos firmes, sí, en defender nuestros derechos, pero con un gran amor en el corazón. Porque al defender así, con amor, estamos buscando también la conversión de los pecadores. Esa es la venganza del cristiano (19 de junio de 1977).

Si uno vive un cristianismo que es muy bueno, pero que no encaja con nuestro tiempo, que no denuncia las injusticias, que no proclama el reino de Dios con valentía, que no rechaza el pecado de los hombres, que consiente, por estar bien con ciertas clases, los pecados de esas clases, no está cumpliendo su deber, está pecando, está traicionando su misión. La Iglesia está puesta para convertir a los hombres, no para decirles que está bien todo lo que hacen; y por eso, naturalmente, cae mal. Todo aquél que nos corrige, nos cae mal. Yo sé que he caído mal a mucha gente, pero sé que he caído muy bien a todos aquéllos que buscan sinceramente la conversión de la Iglesia (21 de agosto de 1977).



Los corazones no quieren oír, ni aunque sea un muerto el que les venga a decir: estamos muy mal en El Salvador. Esta figura tan fea de nuestra patria no es necesario pintarla bonita allá afuera. Hay que hacerla bonita aquí adentro, para que resulte bonita allá afuera también. Pero mientras haya madres que lloran la desaparición de sus hijos, mientras haya torturas en nuestros centros de seguridad, mientras haya abuso de sibaritas en la propiedad privada, mientras haya ese desorden espantoso, herma-

nos, no puede haber paz, y seguirán sucediendo los hechos de violencia y sangre. Con represión no se acaba nada. Es necesario hacerse racional y atender la voz de Dios, y organizar una sociedad más justa, más según el corazón de Dios. Todo lo demás son parches. Los nombres de los asesinados irán cambiando, pero siempre habrá asesinados. Las violencias seguirán cambiando de nombre, pero habrá siempre violencia mientras no se cambie la raíz de donde están brotando todas esas cosas tan horrorosas de nuestro ambiente (25 de septiembre de 1977).

Las masas de miseria, dijeron los obispos en Medellín, son un pecado, una injusticia que clama al cielo. La marginación, el hambre, el analfabetismo, la desnutrición y tantas otras cosas miserables que se entran por todos los poros de nuestro ser, son consecuencias del pecado. Del pecado de aquéllos que lo acumulan todo y no tienen para los demás. Y también del pecado de los que, no teniendo nada, no luchan por su promoción; son conformistas, haraganes, no luchan por promoverse. Pero muchas veces no luchan, no por su culpa; es que hay una serie de condicionamientos, de estructuras, que no los dejan progresar. Es un conjunto, pues, de pecado mutuo (9 de octubre de 1977).

El mal es muy profundo en El Salvador, y si no se toma de lleno su curación, siempre estaremos cambiando de nombres, pero siempre el mismo mal (23 de octubre de 1977).

Yo tengo la conciencia muy tranquila de que jamás he incitado a la violencia. Todos esos campos pagados y esas calumnias y esas voces de radio gritando contra el obispo revolucionario son calumnias, porque mi voz no se ha manchado nunca con un grito de resentimiento ni de rencor. Grito fuerte contra la injusticia, pero para decirle a los injustos: ¡Conviértanse! Grito en nombre del dolor para decirle a los criminales: ¡Conviértanse! (1 de diciembre de 1977).

Predicación que no denuncia el pecado, no es predicación del Evangelio. Predicación que contenta al pecador para que se afiance en su situación de pecado, está traicionando el llamamiento del Evangelio. Predicación que no molesta al pecador sino que lo adormece en el pecado es dejar a Zabulón y Neftalí en su sombra de pecado. Predicación que despierta, predicación que ilumina, como cuando se enciende una luz y alguien está dormido, naturalmente que lo molesta, pero lo ha despertado. Esta es la predicación de Cristo: despertad, convertíos. Esta es la predicación auténtica de la Iglesia. Naturalmente, hermanos, que una predicación así tiene que encontrar conflicto, tiene que perder prestigios mal entendidos, tiene que molestar, tiene que ser perseguida. No puede estar bien con los poderes de las tinieblas y del pecado (22 de enero de 1978).

Policías y obreros o campesinos pertenecen todos a la clase pobre. La maldad del sistema es lograr el enfrentamiento de pobre contra pobre. Dos policías muertos son dos pobres que han sido víctimas de otros tal vez pobres también, y que en todo caso son víctimas de ese dios Moloc, insaciable de poder, de dinero, que con tal de mantener sus situaciones injustas no le importa la vida ni del campesino, ni del policía, ni del guardia, sino que lucha por la defensa de un sistema lleno de pecado (30 de abril de 1978).

Dios es novedad. Dios va caminando con la historia del pueblo. Y el pueblo creyente en Dios no debe aferrarse a tradiciones, a costumbres; sobre todo cuando esas costumbres, esas tradiciones empañan el verdadero evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Tiene que estar siempre atento a la voz del Espíritu: ¡Convertirse, ir en pos de ese evangelio, de ese llamamiento del Señor! Todo aquel que se sienta seguro y que crea que no tiene necesidad de cambiar, es fariseo, es hipócrita, es sepulcro blanqueado, que está muy seguro; pero sabe su conciencia que reclamation le está haciendo (11 de junio de 1978).

Muchos se escandalizan, dicen que el pecado es personal y no social. Ciertamente la Biblia de hoy nos da dicho: el malvado se perderá por su culpa. Pero ha mencionado también una corresponsabilidad en el profeta que no anuncia. Todo hombre que deja pasar las injusticias, sobre todo si las puede evitar, toda familia donde se alcahuetea con el egoísmo y no se pone el sentido cristiano de la vida, todo hogar que no se santifica como Dios quiere que se debe santificar y están viviendo en pecado, se han contaminado, se han hecho cómplices, se ha hecho el pecado social. Y cuando ya el ambiente como en El Salvador se hace tal que hasta se decreta una ley para conservar el orden. ¿Cuál orden? El orden de la injusticia, que no se toque, que se mantenga así la situación, que no se denuncie, porque eso es meterse en política. Está El Salvador en un pecado institucionalizado (10 de septiembre de 1978).

La muerte es signo de pecado, cuando la produce el pecado tan directamente como entre nosotros: la violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, todo eso es el imperio del infierno. Son del diablo los que hacen la muerte. La experimentan los que le pertenecen al diablo. Colaboradores, agentes del demonio, impostores de algo extraño que no cabe en el plan de Dios. Por eso la Iglesia no se cansará de denunciar todo aquello que produce muerte. La muerte, aun la muerte natural, es producto y consecuencia del pecado (1 de julio de 1979).

Continúan apareciendo cadáveres no identificados en distintas partes del país. Son tantos los que han muerto así, que ya se hace difícil hasta mencionar sus nombres o la vertiente política a la que pertenecen. Pero todos denuncian una danza macabra de venganza, de una violencia institucionalizada, pues unos mueren así directamente víctimas de la represión y otros mueren precisamente por servir a esa represión. Podemos decir que nuestro sistema es como aquel dios Moloc, insaciable en cobrarse víctimas, ya sea los que están contra él, ya sea también los que le sirven. Así paga el diablo. Por eso, cuando se me dice que yo sólo me fijo en una clase de muertos y no en otros, yo digo: ¡la muerte me duele tanto en cualquier hombre que sea! Esta danza macabra de la muerte por venganza política, es el mejor índice, espantoso índice, de lo injusto de nuestro sistema (1 de julio de 1979).

Es necesario que junto con el esfuerzo por no tener yo pecados personales, trabaje también para arrancar los pecados sociales y de raíz, contra el poder del infierno y del demonio (15 de julio de 1979).

Una verdadera conversión cristiana hoy tiene que descubrir los mecanismos sociales que hace del obrero o del campesino personas marginadas. ¿Por qué sólo hay ingreso para el pobre campesino en la temporada del café y del algodón y de la caña? ¿Por qué esta sociedad necesita tener campesinos sin trabajo, obreros mal pagados, gente sin salario justo? Estos mecanismos se deben descubrir no como quien estudia sociología o economía, sino como cristianos, para no ser cómplices de esa maquinaria que está haciendo cada vez gente más pobre, marginados, indigentes (16 de diciembre de 1979).

¿Qué puedo hacer y no hice? ¿Qué hice mal? Al decirle al Señor que me perdone los pecados de omisión, estoy señalando el capítulo más misterioso de la maldad de cada corazón: lo que se pudo hacer y no se hizo. ¡Cuánto vacío en la vida, cuánto bien dejamos de hacer! (31 de diciembre de 1979).

Pecado es aquello que dio muerte al Hijo de Dios y pecado sigue siendo aquello que da muerte a los hijos de Dios. Esa verdad fundamental de la fe, la vemos a diario en situaciones de nuestro país. No se puede ofender a Dios sin ofender al hermano. No es, por ello, pura rutina que repitamos una vez más la existencia de una estructura de pecado en nuestro país. Son pecado porque producen los frutos del pecado: la muerte de los salvadoreños, la muerte rápida de la represión o la muerte lenta de la opresión estructural. Por ello, hemos denunciado el pecado de la injusticia (17 de febrero de 1980).

¿Quién de nosotros no ha sentido el asco del pecado? Y ojalá todos de aquí en adelante pudiéramos decir que hemos sentido la alegría de la redención. La promoción verdadera es sentirse hijo de Dios, perdonado por Dios, heredero de Dios, hermanos de Cristo. El Cristo crucificado me está predicando a mí mismo, y antes de hablar y criticar a los otros, tengo que mirarme a mí mismo, que yo también he clavado a Cristo con mis pecados, y que mientras no me redima y no busque la liberación de mi propia conciencia para hacerme hijo de Dios, estoy necesitando liberación yo mismo (2 de marzo de 1980).

En mi carta al presidente Carter intenté que se distanciara de toda intervención militar a nuestro país, ya que esto significa simplemente una protección a la masacre de nuestro pueblo. Carter respondió que toda ayuda militar es para actividades no bélicas, como transportes, comunicaciones o aprovisionamiento. Pero su respuesta no me ha satisfecho, porque la ayuda va directamente a las fuerzas de seguridad y bien es conocido que son éstas las que oprimen al pueblo. Y no niego que haya provocaciones por parte de la izquierda, pero la respuesta de las fuerzas de seguridad es absolutamente desproporcionada. Y en muchos casos tiene lugar la represión sin ninguna provocación previa. De hecho hay un programa claro de aniquilamiento de las organizaciones populares. Los líderes sindicales y otras organizaciones son perseguidos sistemáticamente (22 de marzo de 1980).

Yo quisiera hacer un llamamiento muy especial a los hombres del ejército, y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: no matar. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡cese la represión! (23 de marzo de 1980).

6. Idolatría de la riqueza

El Nuevo Testamento dice que “el origen de todos los males es la ambición del dinero”. Veinte siglos de historia le dan la razón. Veintiún años después de la muerte de Monseñor El Salvador es más pobre y los ricos más ricos. El abismo entre ricos y pobres sobrepasa la imaginación: el ingreso anual de un ciudadano de Mozambique es de alrededor de 80 dólares, y el de un holandés es de alrededor de más de 20 mil dólares. ¡Qué cosas diría hoy Monseñor Romero sobre esta crueldad y aberración inhumana, sobre oligarcas y la banca mundial, sobre el silencio de la Iglesia o de palabras tan tibias que no molestan a nadie!

A Monseñor le daban pena los ricos porque están absolutamente deshumanizados, pero le daban también cólera y se enardecía hablando contra ricos y riquezas. “¡Qué sacrificios enormes se hacen con la idolatría del dinero, no solo sacrificios sino iniquidades. Se paga para matar. Se paga el pecado. Y se vende. Todo se comercializa. Todo es lícito ante el dinero!”.

Han cambiado los tiempos, dicen, pero las palabras de Monseñor siguen teniendo absoluta vigencia: “yo denuncié sobre todo la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable, ¡y ay del que toque ese alambre de alta tensión, se quema!”.

La conclusión era clara: “es necesaria una reestructuración de nuestro sistema económico y social, porque no puede ser esta idolatría de la propiedad privada, que es, francamente un paganismo”. Y también sacaba otra conclusión que es tanto o más necesaria que la anterior: “solamente el que tiene espíritu de pobreza sabrá poner por encima de todo a Dios y al hombre que es la clave de toda civilización”.

¿Qué otra cosa es la riqueza cuando no se piensa en Dios? Un ídolo de oro, un becerro de oro. Y lo están adorando, se postran ante él, le ofrecen sacrificios. ¡Qué sacrificios enormes se hacen ante la idolatría del dinero! No sólo sacrificios, sino iniquidades. Se paga para matar. Se paga el pecado. Y se vende. Todo se comercializa. Todo es lícito ante el dinero (11 de septiembre de 1977).

Un cristiano que se alimenta en la comunión eucarística, donde su fe le dice que se une a la vida de Cristo, ¿cómo puede vivir ídolo del dinero, ídolo del poder, ídolo de sí mismo, del egoísmo? ¿Cómo puede ser ídolo un cristiano que comulga? Pues queridos hermanos, hay muchos que comulgan y son ídolos (28 de mayo de 1978).

Y a los ricos les quiero decir también que no basta una pobreza espiritual, una especie de deseo pero sin eficacia, a ellos les digo: mientras no encarnen esos deseos de pobreza evangélica en realizaciones que se interesen como en su propia causa por los pobres, como si se tratara de Cristo, seguirán siendo llamados los ricos: los que Dios desprecia, porque ponen más confianza en su dinero (1 de julio de 1979).

La riqueza es necesaria para el progreso de los pueblos, no lo vamos a negar. Pero un progreso como el nuestro, condicionado a la explotación de tantos que no disfrutarán nunca los progresos de nuestra sociedad, no es pobreza evangélica. ¿De qué sirven hermosas carreteras y aeropuerto, hermosos edificios de grandes pisos si no están más que amasados con sangre de pobres que no los van a disfrutar? (15 de julio de 1979).

Yo denuncio sobre todo la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable y ¡ay del que toque ese alambre de alta tensión, se quema! No es justo que unos pocos tengan todo y lo absoluticen de tal manera que nadie lo pueda tocar, y la mayoría marginada se está muriendo de hambre (12 de agosto de 1979).

Es necesaria una reestructuración de nuestro sistema económico y social, porque no puede ser esta absolutización, esa idolatría de la propiedad privada, que es francamente un paganismo. El cristianismo no puede admitir una propiedad privada absoluta (30 de septiembre de 1979).

Solamente el que tiene espíritu de pobreza sabrá poner por encima de todo a Dios y al hombre que es la clave de toda civilización. No el tener grandes edificios, el tener grandes campos de aviación, grandes carreteras, si por ellas no ha de

pasar más que una minoría privilegiada y no el pueblo con cuya sangre se hacen todas esas cosas (11 de noviembre de 1979).

Yo les repito, a los que todavía no se apartan de estar de rodillas ante su dinero, que se sepan desprender a tiempo por amor, antes que los arranquen por la violencia. Este es el peligro de la extrema derecha. Y no sólo de la extrema derecha, de todos. Mi visión es pastoral, palabra de Evangelio que estoy predicando, y desde Cristo digo que el gran peligro de la verdadera civilización es el amor desmesurado de los bienes de la tierra, y que el ejemplo de estas dos viudas y del profeta Elías son llamadas elocuentes de Dios en una hora bien oportuna para El Salvador: desprendimiento para tener la libertad, y sólo desde la libertad del corazón, trabajar la verdadera liberación de nuestro pueblo (11 de noviembre de 1979).

También me quiero dirigir en este momento y en este asunto tan grave y delicado a los sectores económicamente poderosos que van a ser afectados por la reforma agraria. Quiero dirigirme a ustedes, queridos hermanos, no como juez ni como enemigo, sino como Pastor y como salvadoreño, hermano de todos los salvadoreños. Me interesa invitarlos a que caigan en la cuenta



de la responsabilidad tan grande que tienen en estos momentos, de colaborar a que la crisis económica, política y social del país sea superada sin acudir a la violencia. Esas demostraciones de tiroteos y, sobre todo, el temor que se tiene si es que es verdad que la derecha está ingresando armas al país y va a pagar mercenarios. No es así como se defiende un bienestar (16 de diciembre de 1979).

Un llamamiento a la oligarquía. Les repito lo que dije la otra vez: no me consideren ni juez ni enemigo. Soy simplemente el Pastor, el hermano, el amigo de este pueblo que sabe de sus sufrimientos, de sus hambres, de sus angustias; y en nombre de esas voces yo levanto mi voz para decir: no idolatren sus riquezas, no las salven de manera que dejen morir de hambre a los demás. Hay que compartir

para ser felices. El cardenal Lorscheider me dijo una comparación muy pintoresca: hay que saber quitarse los anillos para que no le quiten los dedos. Creo que es una expresión bien inteligible. El que no quiere soltar los anillos se expone a que le corten la mano; y el que no quiere dar por amor y por justicia social, se expone a que se lo arrebaten por la violencia (6 de enero de 1980).

La oligarquía está tratando de organizar y ampliar sus fuerzas para defender sus intereses. Nuevamente, a nombre de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia, les hago un nuevo llamado para que oigan la voz de Dios y compartan con todos gustosamente el poder y las riquezas, en vez de provocar una guerra civil que nos ahogue en sangre. Todavía es tiempo de quitarse los anillos para que no les vayan a quitar la mano (13 de enero de 1980).

Queridos hermanos, quiero hacer un llamamiento a todos los sectores del país para que evitemos tener que llegar a una guerra civil y de todos modos logremos en nuestro país una auténtica justicia. Para ello es indispensable que todos estemos dispuestos a compartir con los demás lo que somos y lo que tenemos, y participar, en la medida de nuestras posibilidades, a crear esta estructura económica-política que, de acuerdo con el plan de Dios, favorezca equitativamente a todos los salvadoreños (20 de enero de 1980).

La causa de todo nuestro malestar es la oligarquía, ese reducido núcleo de familias al que no importa el hambre del pueblo, sino que necesita de la misma para disponer de mano de obra barata y abundante para levantar y exportar sus cosechas. Las empresas industriales, nacionales y extranjeras, basan sus juegos de competencia en el mercado internacional en los salarios de hambre, y esto explica la oposición cerrada a cualquier tipo de reformas o de organizaciones gremiales que busquen mejorar las condiciones de vida de los sectores populares. Esta oligarquía no admite la sindicalización campesina ni obrera, ya que la considera peligrosa para sus intereses económicos. Y la represión contra el pueblo se convierte, para ese núcleo de familias, en una especie de necesidad para mantener y aumentar sus niveles de ganancias, aunque sea a costa de la pobreza creciente de las clases trabajadoras. Ahora bien, la absolutización de la riqueza y de la propiedad lleva consigo la absolutización del poder político, económico y social, sin el cual no es posible mantener los privilegios aun a costa de la propia dignidad humana. En nuestro país, ésa es la raíz de la violencia represiva y es, en último término, la causa principal de nuestro subdesarrollo económico, político y social. Las fuerzas armadas son las encargadas de velar por los intereses de la oligarquía, de cuidar la estructura económica y política con el pretexto de que éste es el interés y seguridad nacionales. Todo el que no esté de acuerdo con el Estado es declarado enemigo de

la nación. Y como exigencia de esa seguridad nacional se justifican los hechos más execrables. Todo está en función de los intereses de la oligarquía omnipotente, que siente un desprecio absoluto por el pueblo y sus derechos. De esa manera y en esa forma, se absolutiza el interés y el provecho de unos pocos (15 de febrero de 1980).

Los verdaderos responsables de la violencia en nuestro país son las familias que integran la oligarquía; quienes cierran las vías pacíficas para la solución de los problemas son los idólatras de la riqueza (15 de febrero de 1980).

Lo más lógico es que los poderosos de la oligarquía reflexionen con serenidad humana o cristiana, si es posible, el llamamiento que Cristo les hace hoy desde el Evangelio: ¡Ay de ustedes porque mañana llorarán! Es mejor, repitiendo la imagen ya conocida, quitarse a tiempo los anillos antes que les puedan cortar la mano. Sean lógicos con sus convicciones humanas y cristianas, y den un chance al pueblo a organizarse con un sentido de justicia y no quieran defender lo indefendible (17 de febrero de 1980).

¡Ay de los poderosos cuando no tienen en cuenta el poder de Dios, el único poderoso, cuando se trata de torturar, de matar, de masacrar para que se subyuguen los hombres al poder! ¡Qué tremenda idolatría que le está ofreciendo al dios poder, al dios dinero! Tantas vidas, tantas sangres que Dios, el verdadero Dios, el autor de la vida de los hombres, se lo va a cobrar bien caro a esos idólatras del poder (24 de febrero de 1980).

Este hecho de haber dinamitado la YSAX es todo un símbolo. ¿Qué significa? La oligarquía, al ver que existe el peligro de que pierda el completo dominio que tiene sobre el control de la inversión, de la agro-exportación y sobre el casi monopolio de la tierra, está defendiendo sus egoístas intereses, no con razones, no con apoyo popular, sino con lo único que tiene: dinero, que le permite comprar armas y pagar mercenarios que están masacrando al pueblo y ahogando toda legítima expresión que clama justicia y libertad (24 de febrero de 1980).

7. La verdad

El Nuevo Testamento condena con claridad la idolatría de la riqueza, pero a ello añade una intuición fundamental, que es ignorada muy concientemente en nuestro mundo. "El Maligno es asesino y mentiroso". Y por este orden. Se mata a la gente, lentamente: 50 millones de seres humanos mueren de hambre cada año, y violentamente: ha habido casi 200 guerras entre los antiguos bloques desde la segunda guerra mundial, pero no ya en suelo europeo, sino en el tercer mundo. Los muertos, en inmensa mayoría, los han puesto los pobres. La mayoría de las víctimas son hombres y mujeres del tercer mundo pobre. Hay, pues, muerte. Y a ello sobreviene por necesidad la mentira que toma la forma de encubrimiento.

Según esto, precisamente por ser defensor de la vida de los pobres Monseñor Romero denunció la mentira y el encubrimiento que hacen los opresores. Dijo la verdad por defender a los pobres, quienes muchas veces no tienen más que esa verdad en su defensa. Monseñor Romero fue decidor de la verdad. Fue reconocidamente uno de los grandes profetas en la historia de la humanidad, como un Jeremías o Miqueas del siglo XX. Así lo reconoció, él mismo, delicadamente: "estas homillitas quieren ser la voz de los sin voz". Pero añadió unas palabras que no suelen ser tan citadas como las anteriores: "y por eso caen tan mal a los que tienen demasiada voz".

De ahí también que fuese tan sensible a la mentira institucionalizada en la mayoría de los medios de comunicación: "hay quien tiene su palabra comprada y su pluma vendida". No fue casual, sino bien pensado, que la emisora y la imprenta del arzobispado fuesen dinamitadas varias veces. Pero tampoco era extraño que la palabra dominical de Monseñor fuese la palabra más escuchada en el país, incluso por sus adversarios. De esa forma, mejor que exegetas y doctrinas, comunicó Monseñor la

verdad de Dios y que Dios es la Verdad, comunicó las verdades que decía Jesús –tan ignoradas, tan despreciadas, transformadas muchas veces en piadosismos infantiles– y proclamó su fe en que Jesús es el camino, la verdad y la vida.

La persecución es algo necesario en la Iglesia. ¿Saben por qué? Porque la verdad siempre es perseguida. Jesucristo lo dijo: “Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros”. Y por eso, cuando un día le preguntaron al Papa León XIII, aquella inteligencia maravillosa de principios de nuestro siglo, cuáles son las notas que distinguen a la Iglesia católica verdadera, el Papa dijo ya las cuatro conocidas: una, santa, católica y apostólica. Agreguemos otras les dice el Papa, perseguida. No puede vivir la Iglesia que cumple con su deber sin ser perseguida (29 de mayo de 1977).

La palabra es fuerza. La palabra, cuando no es mentira, lleva la fuerza de la verdad. Por eso hay tantas palabras que no tienen fuerza ya en nuestra patria, porque son palabras mentira, porque son palabras que han perdido su razón de ser (25 de noviembre de 1977).

No podemos segregar la palabra de Dios de la realidad histórica en que se pronuncia, porque no sería ya palabra de Dios, sería historia, sería libro piadoso, una biblia que es libro de nuestra biblioteca. Pero se hace palabra de Dios porque anima, ilumina, contrasta, repudia, alaba lo que se está haciendo hoy en nuestra sociedad (27 de noviembre de 1977).

Dicen muchas veces: Por qué en tal iglesia, en tal parte, no hay problemas. No puede haber problemas si estamos hablando de las estrellas, hablando de las cosas que no tocan los problemas que ejercitan nuestra paciencia, nuestra fortaleza, nuestro compromiso de hoy en la historia (4 de diciembre de 1977).

Queridos hermanos, que no vaya a ser falso el servicio de ustedes desde la palabra de Dios. Que es muy fácil ser servidores de la palabra sin molestar al mundo. Una palabra muy espiritualista, una palabra sin compromiso con la historia, una palabra que puede sonar en cualquier parte del mundo porque no es de ninguna parte del mundo; una palabra así no crea problemas, no origina conflictos. Lo que origina los conflictos, las persecuciones, lo que marca a la Iglesia auténtica es cuando la palabra quemante, como la de los profetas, anuncia al pueblo las maravillas de Dios para que las crean y las adoren, y denuncia los pecados de los hombres, que se oponen al reino de Dios, para que lo arranquen de sus corazones,

de sus sociedades, de sus leyes, de sus organismos que oprimen, que aprisionan, que atropellan los derechos de Dios y de la humanidad (10 de diciembre de 1977).

Es lástima, hermanos, que en estas cosas tan graves de nuestro pueblo se quiera engañar al pueblo. Es lástima tener unos medios de comunicación tan vendidos a las condiciones. Es lástima no poder confiar en la noticia del periódico o de la televisión o de la radio porque todo está comprado, está amañado y no se dice la verdad (2 de abril de 1978).

Eso quiere la Iglesia: inquietar las conciencias, provocar crisis en la hora que vive. Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una palabra de Dios que no levanta roncha como decimos vulgarmente, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es ése? Consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie, y así quisieran muchos que fuera la predicación. Y aquellos predicadores que por no molestar, por no tener conflictos y dificultades evitan toda cosa espinosa, no iluminan la realidad en que se vive, no tienen el valor de Pedro de decirle a aquella turba donde están todavía las manos manchadas de sangre que mataron a Cristo: ¡Ustedes lo mataron! Aunque le iba a costar también la vida por esa denuncia, la proclama. Es el Evangelio valiente, es la buena nueva que vino a quitar los pecados del mundo (16 de abril de 1978).

**ser cristianos
es hacer como Jesús**



¡Lástima tantas plumas vendidas, tantas lenguas que a través de la radio tienen que comer y se alimentan de la calumnia porque es la que produce! La verdad muchas veces no produce dinero sino amarguras. Pero más vale ser libre en la verdad que tener mucho dinero en la mentira (7 de mayo de 1978).

No meditemos una palabra desencarnada de la realidad. Que es muy fácil predicar un Evangelio que lo mismo puede sonar aquí en El Salvador, que allá en Guatemala, en Africa. Es el mismo Evangelio naturalmente, como es el mismo sol que ilumina a todo el mundo. Pero así como el sol se diversifica en flores, en frutas, según las necesidades de la naturaleza que lo recibe; también la palabra de Dios tiene que encarnarse en realidades, y esto es lo difícil de la predicación de la Iglesia. Predicar un Evangelio sin comprometerse con la realidad, no trae problemas, y es muy fácil cumplir así la misión del predicador. Pero iluminar con esa luz universal del Evangelio nuestras propias miserias salvadoreñas y también nuestras propias alegrías y éxitos salvadoreños, esto es lo más bello de la palabra de Dios, porque así sabemos que Cristo nos está hablando a nosotros (4 de junio de 1978).

Vivimos una hora de lucha entre la verdad y la mentira; entre la sinceridad, que ya casi nadie la cree, y la hipocresía y la intriga. No nos asustemos, hermanos, tratemos de ser sinceros, de amar la verdad, tratemos de construirnos en Cristo Jesús. Es una hora en que debemos tener una gran sentido de selección, de discernimiento (30 de julio de 1978).

¡Yo soy el que siento, más que todos, la repugnancia de estar diciendo estas cosas! Pero siento que es mi deber, que no es una espectacularidad, sino simplemente una verdad. Y la verdad es la que tenemos que ver con los ojos bien abiertos y los pies bien puestos en la tierra, pero el corazón bien lleno de Evangelio y de Dios, para buscarle soluciones, no a inmediateismos violentos, tontos y crueles y criminales, sino la solución de la justicia. Sólo la justicia puede ser la raíz de la paz (27 de agosto de 1978).

Si cuentan con todos los medios de comunicación, ¿qué estorbo puede hacer una emisora y un pequeño periódico? La justicia es nuestra fuerza, la verdad es lo que hace grande la pequeñez de nuestros medios. Por eso se le teme (8 de octubre de 1978).

Los hechos concretos Dios no los desprecia. Querer predicar sin referirse a la historia en que se predica no es predicar el Evangelio. Muchos quisieran una predicación tan espiritualista que dejara conformes a los pecadores, que nos les dijera nada a los idólatras, a los que están de rodillas ante el dinero y ante el poder.

Una predicación que no denuncia las realidades pecaminosas en las que se hace la reflexión evangélica no es Evangelio. Sobran aduladores, sobran falsos profetas, sobran, en tiempos conflictivos como los nuestros, quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida. Pero no es ésa la verdad. Me contaron que cuando sacaba mi valija de la aduana antes de ir, alguien dijo: Ahí va la verdad. La frase breve me llena de optimismo, porque en mi valija no traigo contrabando, ni traigo mentira, traigo la verdad. He ido a aprender más la verdad (18 de febrero de 1979).

Muchas veces se dicen palabras bonitas, se estrechan las manos y, quizás, hasta se den un beso, pero en el fondo no hay verdad. Por eso, una civilización donde se ha perdido la confianza del hombre a otro hombre, donde hay tanta mentira, donde no hay verdad, no hay fundamento de amor. No puede haber amor donde hay mentira. Falta en nuestro ambiente la verdad (12 de abril de 1979).

Llevar la capacidad de la verdad es sufrir el tormento interior que sufren los profetas. Porque es mucho más fácil predicar la mentira, acomodarse a las situaciones para no perder ventajas, para tener siempre amistades halagadoras, para tener poder. ¡Qué tentación más horrible la de la Iglesia! Y sin embargo, ella, que ha recibido el Espíritu de la verdad, tiene que estar dispuesta a no traicionar la verdad; y si es necesario perder todos los privilegios, los perderá, pero dirá siempre la verdad (22 de abril de 1979).

Predicar la virtud ante el vicio, es provocar conflictos con el vicio. Predicar la justicia ante las injusticias y los atropellos, es provocar conflictos. El Evangelio que la Iglesia predica siempre provocará conflictos. Siempre que la Iglesia quiere ser coherente con su fundador, con el soplo del Espíritu que le dio el mensaje de llevar al mundo, o traiciona su fidelidad a ese Espíritu o pierde las ventajas del mundo pecador. Y es preferible quedarse con el Cristo que muere, pero que después resucita, a las ventajas de los perseguidores de Cristo, que por salvar su vida en este mundo, la perderán (22 de abril de 1979).

Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el periódico, no nos dejaran hablar, nos mataran a todos los sacerdotes y al obispo también, y quedarán ustedes, un pueblo sin sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un micrófono de Dios, cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta (8 de julio de 1979).

No le tengamos miedo a quedarnos solos si es en honor a la verdad. Tengamos miedo de ser demagogos y andar ambicionando las falsas adulaciones del pueblo.

Si no le decimos la verdad, estamos cometiendo el peor pecado: traicionando la verdad y traicionando al pueblo (25 de noviembre de 1979).

La corrupción de la prensa forma parte de nuestra triste realidad, revela la complicidad con la oligarquía. El papel de la prensa tiene que ser el de canal de información de la verdad, su misión consiste en predicar la verdad. Lamentablemente, aquí ocurre todo lo contrario: la noticia es manipulada, se silencian hechos graves que comprometen a la oligarquía, se tergiversan noticias relacionadas con la represión y la víctima es presentada como culpable, se falsifican las fotografías y se montan composiciones para engañar a los lectores. Para qué decir más: la verdad se oculta, no se dice en El Salvador. Lo he denunciado muchas veces. He subrayado que la prensa debería ser instrumento al servicio del pueblo para la transformación de la sociedad. ¡Qué gran poder se pierde y se pone al servicio de la opresión y de la represión! (15 de febrero de 1980).

Ante todo, que sea Iglesia, es decir identidad y autenticidad, para enfrentar un ambiente de mentira y ausencia de sinceridad, donde la misma verdad está esclavizada bajo los intereses de la riqueza y el poder. Es necesario llamar a la injusticia por su nombre, servir a la verdad, denunciar la explotación del hombre por el hombre, la discriminación, la violencia infligida al hombre contra su pueblo, contra su espíritu, contra su conciencia y sus convicciones, promover la liberación integral del hombre, urgir cambios estructurales, acompañar al pueblo que lucha por su liberación. Es un deber de una Iglesia auténtica su inserción entre los pobres, con quienes debe solidarizarse hasta en sus riesgos y en su destino de persecución, dispuesta a dar el máximo testimonio de amor por defender y promover a quienes Jesús amó con preferencia (15 de febrero de 1980).

8. Mártires

“A mi me toca ir recogiendo cadáveres”, decía Monseñor Romero cuatro meses después de ser nombrado arzobispo. La afirmación es, como muchas de las suyas, inaudita. Rara vez la pronuncia un obispo o un cardenal, un sacerdote o un teólogo. Pero además de “recogerlos”, Monseñor hizo algo desconocido hasta entonces entre nosotros. A esos cadáveres les llamó “el siervo doliente de Yahvé” y en la tradición eclesial los llamó “mártires”.

Mártires eran campesinas y obreros, religiosas y sacerdotes, abogados, médicos, y enfermeras, defensores de derechos humanos, estudiantes y profesores universitarios... En todos ellos vio un gran parecido con Jesús, el parecido fundamental de quien estorba al poder, ama y defiende al oprimido, y da su vida por ello. Incluso de quienes eran asesinados por defender al pueblo, aunque no fuesen explícitamente creyentes, decía que hay que respetar su memoria. A veces se le desbordaba el corazón al hablar de ellos. “Para mí en particular son muy queridos Felipe de Jesús Chacón, Polín como le llamábamos a Apolinario. Yo les he llorado de veras y con ellos a otros muchos que fueron catequistas, trabajadores de nuestras comunidades”. Monseñor no teorizó sobre si eran mártires en sentido canónico o no. Como siempre, su intuición le llevó a lo fundamenta: “yo los llamo mártires en sentido popular”.

Dijo así –y lo corroboró con su propia muerte– que el pueblo tiene mártires. Con él y con muchos otros la Iglesia salvadoreña se convirtió en una gran Iglesia de mártires. Y hasta el día de hoy no hay nada – jubileos, viajes papales, canonizaciones masivas, y mucho menos apariciones y novenas– que la haga parecerse un poco más a la Iglesia que Jesús quería.

Yo quiero recordar aquí a nuestros queridos hermanos catequistas. Sería imposible enumerarlos; pero recordemos por ejemplo a Filomena Puertas, a Miguel Martínez, a tantos otros, queridos hermanos, que han trabajado, que han muerto, y que en la hora de su dolor, de su agonía dolorosa, mientras los despellejaban, mientras los torturaban y daban su vida, mientras eran ametrallados, subieron al cielo. ¡Y están allá victoriosos! ¿Quién ha vencido? Como la Biblia, podemos preguntar a los que los mataron y a los que siguen persiguiendo a los cristianos: ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? La victoria es la de la fe. Han salido victoriosos los matados por la justicia (30 de octubre de 1977).

El sábado 26, ayer, en Tejutla, al celebrar el primer aniversario de Felipe de Jesús Chacón, también me di cuenta que nuestra tierra le ofrece al Papa, como lo dije en mis visitas pasadas, ¡mártires! ¡Qué horror cuando me contaban! El rostro despellejado de Felipe de Jesús y lo que es peor, difamado en la prensa como un cuatrero, cuando se trata de un catequista valiente, que supo llevar el Evangelio hasta sus consecuencias más arriesgadas (27 de agosto de 1978).

Queridos hermanos, la voz de la sangre es la más elocuente de las palabras. Por eso esta cátedra se siente solidificada por el testimonio de la sangre que en esta Catedral se ha hecho ya casi una voz ordinaria. Aquí se ha derramado sangre del pueblo, sangre de sacerdotes. Desde esta Catedral hemos tratado de interpretar el lenguaje de tanta sangre derramada por nuestro país, en las montañas, en las calles de nuestras ciudades y de nuestras carreteras, en las playas. ¿Dónde no se ha regado la sangre que esta Catedral, intérprete de ese lenguaje de dolor y de angustia, trata de hacerla un mensaje de consuelo y esperanza? (21 de junio de 1979).

Podemos presentar junto a la sangre de maestros, de obreros, de campesinos, la sangre de nuestros sacerdotes. Esto es comunión de amor. Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo y podemos decir que esta Misa única no es sólo en honor del Padre Rafael Palacios y no nos recuerda sólo a los cinco sacerdotes asesinados, sino que quiere ser el reclamo de un pueblo por la sangre de todos los hermanos cristianos y no cristianos. La vida siempre es sagrada. El mandamiento del Señor, no matarás, hace sagrada toda vida, y aunque sea de un pecador, la sangre derramada siempre clama a Dios, y los que asesinan siempre son homicidas (30 de junio de 1979).

Y me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de

los pobres y decir a todo el pueblo, gobernantes, ricos y poderosos: si no se hacen pobres, si no se interesan por la pobreza de nuestro pueblo como si fuera su propia familia, no podrán salvar a la sociedad (15 de julio de 1979).

De mi parte, queridos hermanos, no quisiera tener vida como la tienen muchos poderosos de hoy, cuando no viven de verdad, viven custodiados, viven con la conciencia intranquila, viven en zozobra. ¡Eso no es vida! Si cumplís la ley de Dios, viviréis. Aunque me maten, no tengo necesidad... Si morimos con la conciencia tranquila, con el corazón limpio de haber producido sólo obras de bondad, ¿qué me puede hacer la muerte? Gracias a Dios que tenemos esos ejemplares de nuestros queridos agentes de pastoral, que compartieron los peligros de nuestra pastoral hasta el riesgo de ser matados. Yo, cuando celebro la eucaristía con ustedes, los siento presentes. Cada sacerdote muerto es para mí un nuevo concelebrante en la eucaristía de nuestra arquidiócesis. Sé que están aquí dándonos el estímulo de haber sabido morir sin miedo, porque llevaban su conciencia comprometida con la ley del Señor: la opción preferencial por los pobres (2 de septiembre de 1979).

¿Por qué se mata? Se mata porque se estorba. Para mí que son verdaderos mártires en el sentido popular. Naturalmente, yo no me estoy metiendo en el sentido canónico, donde ser mártir supone un proceso de la suprema autoridad de la Iglesia, que lo proclame mártir ante la Iglesia universal. Yo respeto esa ley y jamás diré que nuestros sacerdotes asesinados han sido mártires todavía canonizados. Pero sí son mártires en el sentido popular, son hombres que han predicado precisamente esa incardinación con la pobreza, son verdaderos hombres que han ido a los límites peligrosos donde la UGB amenaza, donde se puede señalar a alguien y se termina matándolo como mataron a Cristo. Estos son los que yo llamo verdaderamente justos. Y si tuvieron sus manchas, ¿quién no las tiene hermanos? ¿qué hombre no tiene algo de qué arrepentirse? Los sacerdotes que han sido matados también han sido hombres y tuvieron sus manchas. Pero el hecho de haber dejado que les quitaran la vida y no haber huido, no haber sido cobardes y haberlos situado en esa situación de tortura, de sufrimiento, de asesinato, para mí es tan valioso como un bautismo de sangre y se han purificado. ¡Tenemos que respetar su memoria! (23 de septiembre de 1979).

Estoy seguro que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de tantas víctimas no será en vano. Es sangre y dolor que regará y fecundará nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana, y que fructificará en la realización de las reformas estructurales audaces, urgentes

y radicales que necesita nuestra patria (27 de enero de 1980).

A quienes caen en la lucha, con tal que sea con sincero amor al pueblo y en busca de una verdadera liberación, debemos considerarlos siempre entre nosotros (27 de enero de 1980).

Esta defensa de los pobres en un mundo seriamente conflictivo ha ocasionado algo nuevo en la historia reciente de nuestra Iglesia: la persecución. Ustedes conocerán los datos más importantes. En menos de tres años más de cincuenta sacerdotes han sido atacados, amenazados y calumniados. Seis de ellos son ya mártires, muriendo asesinados; varios han sido torturados y otros expulsados. También las religiosas han sido objeto de persecución. La emisora del Arzobispado, instituciones educativas católicas y de inspiración cristiana han sido constantemente atacadas, amenazadas e intimidadas con bombas. Varios conventos parroquiales han sido cateados.

Si esto se ha hecho con los representantes más visibles de la Iglesia, comprenderán ustedes lo que ha ocurrido con el pueblo sencillo cristiano, a los campesinos, sus catequistas y delegados de la Palabra, a las comunidades eclesiales de base. Ahí los amenazados, torturados y asesinados se cuentan por centenares y miles. Como siempre, también en la persecución ha sido el pueblo pobre cristiano el más perseguido. Es, pues, un hecho claro que nuestra Iglesia ha sido perseguida en los tres últimos años.



Pero lo más importante es observar por qué ha sido perseguida. No se ha perseguido a cualquier sacerdote ni atacado a cualquier institución. Se ha perseguido y atacado a aquella parte de la Iglesia que se ha puesto del lado del pueblo pobre y ha salido en su defensa. Y de nuevo encontramos aquí la clave para comprender la persecución de la Iglesia: los pobres. De nuevo son los pobres los que nos hacen comprender lo que realmente ha ocurrido. Y por ello la Iglesia ha entendido la persecución desde los pobres. La persecución ha sido ocasionada por la defensa de los pobres y no es otra cosa que cargar con el destino de los pobres. La verdadera persecución se ha dirigido al pueblo pobre, que es hoy el cuerpo de Cristo en la historia. Ellos son el pueblo crucificado, como Jesús, el pueblo perseguido como el Siervo de Yahvé. Ellos son los que completan en su cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo. Y por esa razón, cuando la Iglesia se ha organizado y unificado recogiendo las esperanzas y las angustias de los pobres, ha corrido la misma suerte de Jesús y de los pobres: la persecución (2 de febrero de 1980).

He reflexionado muchas veces y he llegado a la conclusión de que es tan grave el cuadro de injusticia social, ha llegado a tal punto que la misma fe ha sido pervertida, se ha transformado en un crimen para defender intereses económicos, intereses materiales. Ahora bien, si se ha llegado a la perversión, si se ha llegado hasta el grado de torturar y asesinar sacerdotes, a quienes se ha asesinado ha sido, precisamente, a aquellos que más se comprometieron con la liberación del pueblo salvadoreño. Entonces, la explicación se facilita: esos sacerdotes urgían el cambio, lo impulsaban y organizaban a obreros y campesinos, pero la oligarquía se opone a todo cambio, a toda organización, no quiere oír las palabras reforma agraria, nada que modifique en lo más mínimo la situación actual. Su riqueza, sus propiedades, sus ideas, son y representan a la nación. Por tanto, se trata de algo relacionado con la seguridad de El Salvador y todo lo que pone en peligro la seguridad del país debe ser eliminado. Los sacerdotes atentaron contra la estructura social, se convirtieron, de hecho, en subversivos, en comunistas, y como tales los persiguieron y los asesinaron. Esos sacerdotes ejemplares, dignos de todo respeto y admiración, fueron víctimas del interés por conservar un orden injusto. Porque Ernesto Barrera Motto, Rutilio Grande, Alfonso Navarro Oviedo, Octavio Ortiz y otros más, vieron lejos, porque se percataron de la realidad con claridad meridiana y precisaron que el enemigo común de nuestro pueblo es la oligarquía. Por eso, debido a eso, fueron odiados y perseguidos hasta la muerte por la oligarquía y los guardianes de sus riquezas (15 de febrero de 1980).

Para mí en particular son muy queridos, Felipe de Jesús Chacón, Polín como le llamábamos a Apolinario, yo les he llorado de veras y con ellos a otros muchos que fueron catequistas, trabajadores de nuestras comunidades, hombres muy cris-

tianos. A uno que asesinaron en Aguilares le llamaban el hombre del Evangelio. Y es que una religión bien profundizada, conduce a los compromisos políticos y tiene que crear conflictos en un país, como el nuestro, donde impera la injusticia social, eso mismo ocurrió con los sacerdotes. Se trata de hombres esencialmente buenos, muy queridos por el pueblo, hombres que tocaron la llaga de la injusticia social, que promovieron la dignidad del ser humano, de los campesinos, de los obreros, de los desposeídos por la oligarquía; hombres que organizaron al pueblo, que ayudaron a hacerlo, porque es una necesidad fundamental para la eficiencia en la lucha. Este es un servicio inapreciable, pero por eso los asesinó la oligarquía. Esos crímenes revelan, marcan el acento sobre el grado de perversión al que se ha llegado, al que han llegado los adoradores del Moloc insaciable (15 de febrero de 1980).

Cristo nos invita a no tener miedo a la persecución, porque, créanlo hermanos, el que se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino de los pobres. Y en El Salvador ya sabemos lo que significa el destino de los pobres: ser desaparecidos, ser torturados, ser capturados, aparecer cadáveres (17 de febrero de 1980).

Y por eso, la Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución. Se gloria nuestra Iglesia de haber mezclado su sangre de sacerdotes, de catequistas y de comunidades, con las masacres del pueblo y haber llevado siempre la marca de la persecución. Precisamente porque estorba, se la calumnia y no se quisiera escuchar en ella la voz que reclama contra la injusticia (17 de febrero de 1980).

No pensemos, hermanos, que nuestros muertos se han apartado de nosotros; su cielo, su recompensa eterna, los perfecciona en el amor, siguen amando las mismas causas por las cuales murieron. Lo cual quiere decir que en El Salvador esta fuerza liberadora no sólo cuenta con los que van quedando vivos, sino que cuenta con todos aquellos que les han querido matar y que están más presentes que antes en este proceso del pueblo (2 de marzo de 1980).

9. Esperanza

Comunicar esperanza no es cosa de palabra, sino de amor. Los textos de este apartado son relativamente breves, pero no porque Monseñor no irradiara esperanza. Más que hablar de ella la suscitaba con su vida, su entrega, su cercanía a los pobres, su valentía, su amor. En una palabra, suscitaba esperanza siendo, viviendo, hablando y muriendo como Jesús. "No toda vida es ocasión de esperanza, pero sí lo es la vida de Jesús que por amor tomó la cruz". Estas palabras de un conocido teólogo se cumplen a cabalidad en Monseñor Romero.

Pero de vez en cuando sí puso en palabras explícitas la esperanza y la alegría de ser cristiano. Baste citar las siguientes palabras, dichas con toda convicción y con todo amor. "Verán queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de la resurrección. Para nuestro propio pueblo también ha de llegar esa hora, hermanos".

O estas otras palabras, pronunciadas conscientemente en medio de la debacle salvadoreña. "Mucha veces me lo han preguntado aquí en El Salvador. ¿Qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación de El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo de una fe divina, sino de una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: sí, hay salida". En otra de sus frases geniales dijo. "La Iglesia sólo aporta un valor: la esperanza en los hombres".

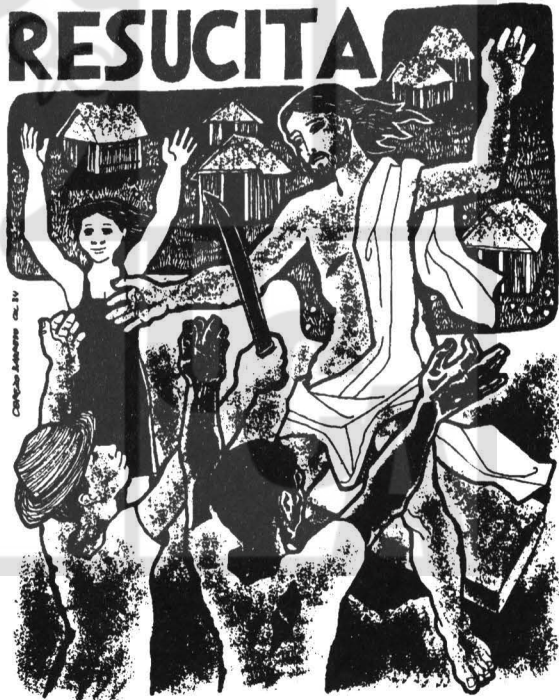
Hermanos, la Iglesia no es ilusa. La Iglesia espera con seguridad la hora de la redención. Esos desaparecidos, aparecerán. El dolor de estas madres se convertirá en Pascua. La angustia de este pueblo que no sabe a donde va en medio de tanta angustia, será Pascua de resurrección si nos unimos a Cristo, esperamos en El (1

de diciembre de 1977).

Yo les invito hermanos a que en esta semana, en estas horas en que El Salvador parece que no tiene lugar para la alegría, escuchen a San Pablo cómo nos repite: Hermanos, estén alegres. Si en la historia de nuestra patria se han entenebrecido los cielos, no desesperemos. Somos una comunidad de esperanza (17 de diciembre de 1978).

Como nos va a llenar de esperanza también, hermanos, cuando miramos que nuestras fuerzas humanas ya no pueden; cuando miramos a la patria como un callejón sin salida, cuando decimos aquí la política, la diplomacia no pueden. Aquí todo es un destrozo, un desastre y negarlo es ser loco. ¡Es necesario una salvación trascendente! Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor. De aquí que los cristianos tienen una gran misión en esta hora de la patria: mantener esa esperanza, no estar esperando una utopía como algo ilusorio, como que nos adormecemos para no ver la realidad; sino al contrario, mirando esa realidad que de sí no puede dar nada, mirar que sí puede dar mucho, pero sí apelamos a esa redención trascendente (7 de enero de 1979).

Preguntan por nuestra contribución. ¿Qué tenemos para ofrecer en medio de las graves y complejas cuestiones de nuestra época? Muchas veces me lo han preguntado aquí en El Salvador. ¿Qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación de El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo de una fe divina, sino de una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: Sí, hay salida, pero que no se cierren esas salidas. La Iglesia sólo aporta un valor: la esperanza en los hombres (18 de febrero de 1979).



No hay derecho para estar tristes. Un cristiano no puede ser pesimista. Un cristiano siempre debe alentar en su corazón la plenitud de la alegría. Hagan la experiencia, hermanos, yo he tratado de hacerla muchas veces y en las horas más amargas de las situaciones, cuando más arrecia la calumnia y la persecución, unirme íntimamente a Cristo, el amigo, y sentir más dulzura que no la dan todas las alegrías de la tierra. La alegría de sentirse íntimo de Dios, aun cuando el hombre no lo comprenda a uno. Es la alegría más profunda que pueda haber en el corazón (20 de mayo de 1979).

Se oyen voces: Ya no hay salvación. Esto es un callejón sin salida. Hermanos, ante este pesimismo y desorientación, gracias a Dios que los cristianos contamos con una voz que ha estado resonando durante todo el mes de agosto: Este es mi Hijo amado, a El escuchadle. El tiene palabras de vida eterna, nos dice el evangelio de hoy. Es una voz de calma y de luz. Es como cuando uno sabe que más allá de las nubes del temporal hay un cielo claro donde el sol brilla, y que ha de pasar el temporal. Y las nubes pasarán y brillará ese cielo y ese sol. ¡Tengamos fe! (26 de agosto de 1979).

Ningún cristiano debe sentirse solo en su caminar, ninguna familia tiene que sentirse desamparada, ningún pueblo debe ser pesimista aún en medio de las crisis que parecen insolubles, como la de nuestro país. Dios está en medio de nosotros. Tengamos fe en esta verdad central de la sagrada revelación. Dios está presente, no duerme, está activo, observa, ayuda y a su tiempo actúa oportunamente. Por eso la presencia de Dios despierta en el corazón la verdadera alegría: ¡Alegraos en el Señor! De nuevo os repito: ¡Alegraos porque Dios está cerca! (16 de diciembre de 1979).

Y verán queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de la resurrección. Para nuestro propio pueblo también ha de llegar esa hora, hermanos. Y hemos de esperarla, como cristianos, no sólo en dimensiones políticas coyunturales, sino en dimensiones de fe y esperanza. Esta es la misión que yo estoy cumpliendo. Y por eso mi palabra quiere ser una palabra de esperanza y fe en Jesucristo (11 de noviembre de 1979).

¿Ven cómo los acontecimientos de los pueblos los aprovecha la historia de la salvación para sembrar en los hombres la esperanza, el arrepentimiento, el retorno a Dios, la alegría de sentirse acompañados por Dios en la historia? Esta es la enseñanza de este primer pensamiento, hermanos, en este tiempo de Adviento: una gran esperanza de que Dios va con nuestra historia. Dios no nos ha abandonado (9 de diciembre de 1979).

10. El corazón de Monseñor Romero

Terminamos con textos en los que Monseñor Romero habla de sí mismo. No hay en ellos sombra de protagonismo, ni mucho menos de vanidad u orgullo. Son palabras muy personales con las que no sólo hablaba a otros, sino que se decía a sí mismo lo más importante de su propia vida. Los contextos fueron varios y numerosos, y por eso este apartado es un poco más largo que los demás.

¿Qué sentía Monseñor Romero cuando lo amenazaban, o cuando, hipócritamente, el gobierno le ofrecía seguridad? ¿Qué sentía Monseñor cuando le contaban las torturas o veía cuerpos torturados? ¿Qué sentía cuando un niño le daba un beso a la salida de Catedral o cuándo hermanos y hermanas lejanas, de diversas iglesias e instituciones, venían a visitarlo? ¿Qué sentía cuando un oligarca llegaba de noche, a escondidas, a pedir que intercediese ante el FMLN para liberar a un familiar? Por estas y muchas otras realidades semejantes pasó Monseñor Romero. Lo fundamental de lo que sentía y de cómo reaccionaba aparece en estos textos.

Y para terminar, ¿qué sentía él ante Jesús de Nazaret en momentos de gozo y de profecía, en momentos de oración en el huerto? ¿Qué sentía, en definitiva, ante Dios? A veces no es fácil encontrar palabras explícitas que den respuestas a estas preguntas. Pero leídos todos sus testimonios, no queda duda del cristiano y del creyente que fue Monseñor Romero.

En los últimos días de su vida concentró su palabra. De la homilía del 23 de marzo se recordarán para siempre sus palabras finales a las fuerzas armadas: “en nombre de Dios, cese la represión”. Pero en esta misma homilía resumió también toda su vida en forma de oración. “Pido al Señor durante toda la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento”.

Y una última palabra sobre Dios, sobre la Iglesia, sobre el pueblo y sobre sí mismo. Pocos días antes de ser asesinado dijo a un periodista. "Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás".

Si fuera un funeral sencillo hablaría aquí, queridos hermanos, de unas relaciones humanas y personales con el Padre Rutilio Grande, a quien siento como un hermano. En momentos culminantes de mi vida estuvo él muy cerca de mí. Y estos gestos jamás se olvidan (14 de marzo de 1977).

A mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia (19 de junio de 1977).

Entre los acontecimientos de esta semana, sin duda que son muchos, pero puedo destacar con un sentido de gratitud la celebración de mi cumpleaños, donde he comprendido una vez más que mi vida no me pertenece a mí, sino a ustedes (21 de agosto de 1977).

Queremos ser la voz de los que no tienen voz para gritar contra tanto atropello contra los derechos humanos. Que se haga justicia, que no se queden tantos crímenes manchando a la patria, al ejército. Que se reconozca quiénes son los criminales y que se dé justa indemnización a las familias que quedan desamparadas (28 de agosto de 1977)

Es cierto que he andado yo por El Jicarón, por El Salitre y muchos otros cantones; y me glorío de estar en medio de mi pueblo y sentir el cariño de toda esa gente que mira en la Iglesia, a través de su obispo, la esperanza (25 de septiembre de 1977).

Estoy recibiendo muchos anónimos verdaderamente groseros. Sepan, hermanos, que la posición que he tomado está a base de conciencia. No es sólo de presiones, como se dice; sino simplemente el deber de un pastor que siente la alegría, al mismo tiempo que la angustia, de vivir con su pueblo. Y desde el pueblo, fiel a la voluntad de Dios, caminar por un camino que sea verdaderamente el camino del Señor (9 de octubre de 1977).

Me duele esa calumnia cuando dicen que yo quiero ser obispo sólo de una clase y desprecio a otra clase. No, hermanos. Trato de tener un corazón ancho como el de Cristo, imitarlo en algo para llamar a todos a esta palabra que salva,

para que todos nos convirtamos, yo el primero. Nos convirtamos a esta palabra que exhorta, que anima, que eleva (16 de octubre de 1977).

Esta semana ha sido una semana trágica y la Catedral, donde nos encontramos, ha sido escenario de sangre. Aquí vino a morir baleado José Roberto Valdez, aquí lo tuvimos en velación, y aquí también, hermanos, yo quise celebrar personalmente la Misa de cuerpo presente antes de su entierro. Desde entonces anuncié lo que ya está sucediendo, la crítica contra el que quiso solidarizarse con el dolor, y dijeron que he hecho un acto político. No me importa la política. Lo que me importa es que el Pastor tiene que estar donde está el sufrimiento, y yo he venido, como he ido a todos los lugares donde hay dolor y muerte, a llevar la palabra de consuelo para los que sufren, a expresar la condolencia a la familia doliente, como la expresé también a la familia de la vendedora que fue también muerta en este hecho de sangre, como también lo estoy enviando hoy a los familiares de los dos policías muertos. Para la Iglesia no hay categorías distintas. Sólo hay el sufrimiento y tiene que expresarse en el dolor donde quiera que se encuentre. Como estuve junto a la muerte del canciller Boronovo, como he estado junto al dolor de los campesinos; pienso que es la voz de la Iglesia, una palabra de condolencia en el dolor. También quise que fuera una palabra de repudio al crimen, repudio a la violencia ¿Cuándo vamos a terminar esta ola de sangre y de tormento para nuestra patria? También quise que fuera mi palabra, en ese funeral, una palabra de apoyo a los reclamos justos de nuestro pueblo. Los reclamos justos, les decía yo, ¿qué pecado hay en que un pobre cortador de café, o de caña, o de algodón, con hambre pida ocho cucharadas de sopa, un huevo, una comida que apenas le reponga las energías que gasta para ayudar a levantar esas cosechas que hacen feliz al país y debe ser una obra de Dios para felicidad de todos? (30 de octubre de 1977).

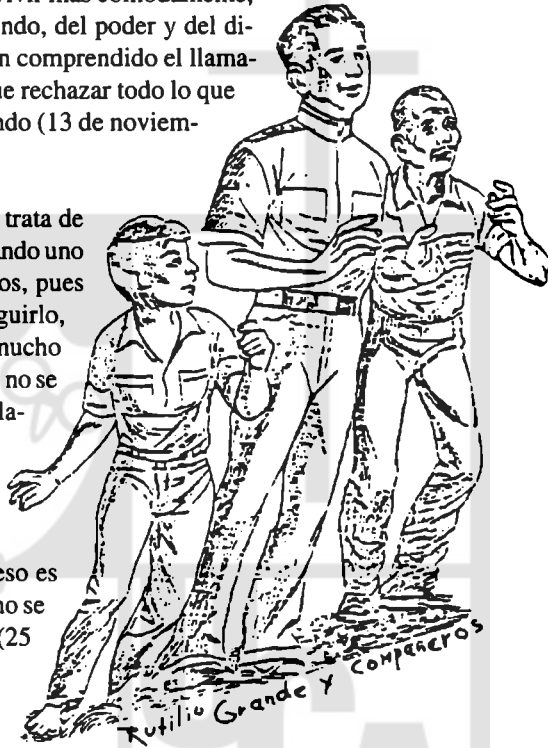
Ayer supe allá, por Santiago de María, que ya, según algunos amigos míos, yo he cambiado, que yo ahora predico la revolución, el odio, la lucha de clases, que soy comunista. A ustedes les consta cuál es el lenguaje de mi predicación. Un lenguaje que quiere sembrar esperanza, que denuncia, sí, las injusticias de la tierra, los abusos del poder, pero no con odio, sino con amor, llamando a conversión (6 de noviembre de 1977).

Me da mucho gusto pertenecer a esta Iglesia que está despertando la conciencia del campesino, del obrero, no para hacerlo subversivo ya hemos dicho que la violencia pecadora no es buena, sino para que sepa ser sujeto de su propio destino, que no sea más una masa dormida, que sean hombres que sepan pensar, que sepan exigir. Esta es gloria de la Iglesia, y de ninguna manera se avergüenza cuando se la quiere confundir con otras ideologías, porque ya se ve que es calumnia, que es

querer echar humo para confundir y para desprestigiar este papel promotor de la Iglesia (13 de noviembre de 1977).

Hermanos, ¿quieren saber si su cristianismo es auténtico? Aquí está la piedra de toque. ¿Con quiénes estás bien? ¿Quiénes te critican? ¿Quiénes no te admiten? ¿Quiénes te halagan? Conoce allí que Cristo dijo un día: No he venido a traer la paz sino la división, y habrá división hasta en la misma familia, porque unos quieren vivir más cómodamente, según los principios del mundo, del poder y del dinero, y otros, en cambio, han comprendido el llamamiento de Cristo y tienen que rechazar todo lo que no puede ser justo en el mundo (13 de noviembre de 1977).

Primero la persecución trata de halagar, de domesticar; y cuando uno se doblega ante estos halagos, pues no hay necesidad de perseguirlo, ya está vencido. Por eso, mucho cuidado, queridos hermanos, no se dejen halagar. Cuando el halago viene del pecado, y cuando se trata de no molestarse, de no sacrificarse, de estar bien, de instalarse cómodamente en la tierra, eso es malo, porque entonces ya uno se hizo también perseguidor (25 de noviembre de 1977).



Ya me duele mucho el alma de saber cómo se tortura a nuestra gente, de saber cómo se atropellan los derechos de la imagen de Dios. No debía de haber eso. Es que el hombre sin Dios es una fiera. El hombre sin Dios es un desierto. Su corazón no tiene flores de amor, su corazón no es más que el perverso perseguidor de los hermanos (5 de diciembre de 1977).

Y si hay algún católico que duda de la palabra del obispo y va diciendo por allá a voces: Que se defina el señor obispo. Estoy bien definido, hermanos. ¡Ustedes son los que tienen que definirse! (2 de abril de 1978).

Hermanos, la parábola de Cristo condenó la actitud de un sacerdote y de un levita, porque no basta llevar hábito eclesiástico o decir yo soy católico para ser aprobado por Dios. La caridad ante todo. El amor al prójimo. Y aunque sea obispo o sacerdote o bautizado, si no cumple con el ejemplo del buen samaritano, si como los malos sacerdotes de la antigua ley, da un rodeo para no encontrarse con el cuerpo herido, no tocar esas cosas: prudencia, no ofendamos, más suave, entonces, hermanos, no cumplimos el mandato de Dios: rodeamos. ¡Cuántos rodean para no encontrarse! Y cuanto más rodean más se encuentran, porque llevan su propia conciencia que no les deja en paz mientras no enfrenten la situación. El compromiso cristiano es muy serio. Y, sobre todo, nuestro compromiso sacerdotal y episcopal nos obliga a salir al encuentro del pobre herido en el camino (2 de abril de 1978).

Los obispos no mandamos con un sentido despótico. No debe ser así. El obispo es el más humilde servidor de la comunidad porque Cristo lo dijo a los apóstoles, los primeros obispos: El que quiera ser más grande entre ustedes, hágase el más chiquito, sea el servidor de todos. Nuestro mandato es servicio. Nuestra conducción, nuestra palabra, es servicio (23 de abril de 1978).

Esta denuncia, que se inspira en un positivo *animus corrigendi* y no en un mal espíritu de maledicencia, creo un deber hacerla en mi condición de Pastor del pueblo que sufre la injusticia. Me lo impone el Evangelio por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel, aunque con ello no se haga más que agregar otra injusticia (14 de mayo de 1978).

Me perdonan que siempre mencione las torturas, porque hay una pesadez en mi pobre espíritu cuando pienso en los hombres que sufren azotes, patadas, golpes de otro hombre. Si tuvieran un poquito de Dios en su corazón, verían en ese hermano un hermano, una imagen de Dios. Y lo digo porque las situaciones siguen, siguen las capturas, las desapariciones. Ojalá hermanos que un poquito de contacto con Dios desde esas mazmorras que parecen infiernos, bajara un poquito de luz e hiciera comprender lo que Dios quiere de los hombres. Dios no quiere esas cosas. Dios reprueba la maldad. Dios quiere el bien, el amor (17 de julio de 1977).

A nadie le cuesta tanto decir las maldades de su propio pueblo como a mí, hermanos, que tengo el deber pastoral de señalar, por mandato del Evangelio y de Jesucristo que quita los pecados del mundo, qué es pecado y qué no debe reinar, por dónde hay que caminar. La conversión, la fe, la misericordia es lo que he predicado siempre. Sólo la calumnia indigna y vil puede encontrar en mis palabras otra cosa (11 de junio de 1978).

He ratificado una vez más que moriré, primero Dios, fiel al sucesor de Pedro, al vicario de Cristo. Es fácil predicar teóricamente sus enseñanzas. Seguir fielmente el magisterio del Papa en teoría es muy fácil. Pero cuando se trata de vivir, cuando se trata de encarnar, cuando se trata de hacer realidad en la historia de un pueblo sufrido como el nuestro esas enseñanzas salvadoras, es cuando surgen los conflictos. Y no es que me haya hecho infiel ¡Jamás! Al contrario, siento que hoy soy más fiel porque vivo la prueba, el sufrimiento y la alegría íntima de proclamar, no solamente con palabras y con profesiones de labios, una doctrina que siempre he creído y amado, sino que estoy tratando de hacerla vida en esta comunidad que el Señor me ha encargado. Y yo les suplico a todos ustedes, queridos hermanos, que si de verdad somos católicos, seguidores de un Evangelio auténtico y por auténtico muy difícil, si de verdad queremos hacer honor a esta palabra de seguidores de Cristo, no tengamos miedo de hacer sangre y vida, verdad e historia esa doctrina que de las páginas del Evangelio se hacen actualidad en la doctrina de los concilios y de los Papas, que tratan de vivir, como verdaderos Pastores, las vicisitudes de su tiempo (2 de julio de 1978).

Yo también, hermanos, recibo la predicación de ustedes. Yo sé, con la doctrina teológica de la Iglesia, que ese don de la infalibilidad, que sólo Dios posee, lo ha dado al pueblo de Dios. Y ese pueblo de Dios tiene un órgano que es el Papa. El Papa expresa el carisma de la infalibilidad al mismo tiempo que el pueblo lo siente y lo vive. Ustedes tienen un sentido muy fino que se llama *sensus fidei*, sentido de fe, por el cual un miembro del pueblo de Dios puede detectar cuando un predicador no está a tono con la doctrina verdaderamente revelada por Dios (2 de julio de 1978).

No sólo el predicador enseña, el predicador aprende. Ustedes me enseñan. La atención de ustedes es para mí también inspiración del Espíritu Santo. El rechazo de ustedes sería para mí también rechazo de Dios (16 de julio de 1978).

Simplemente mantengo una posición de que no estoy confrontándome con nadie, sino que estoy tratando de servir al pueblo. Y el que esté en conflictos con el pueblo sí estará en conflictos conmigo. Pero mi amor es el pueblo; y desde el pueblo pueden ver, a la luz de la fe y del mandato que Dios me ha dado de conducir a este pueblo por los caminos del Evangelio, quiénes están conmigo y quiénes no están conmigo, viendo simplemente las relaciones con el pueblo (20 de agosto de 1978).

Estas firmas también piden mi destitución. Yo no tengo inconveniente en ser destituido, ni tengo ambiciones en el poder de la diócesis. Simplemente considero

que esto es un servicio y que mientras el Señor, por medio del Pontífice, me tenga en él, seré fiel a mi conciencia a la luz del Evangelio, que es lo que yo trato de predicar, nada más ni nada menos (20 de agosto de 1978).

Para que vean cuál es mi oficio y cómo lo estoy cumpliendo: estudio la palabra de Dios que se va a leer el domingo, miro a mi alrededor, a mi pueblo, lo ilumino con esta palabra y saco una síntesis para podérsela transmitir, y hacerlo a este pueblo luz del mundo, para que se deje guiar por los criterios, no de las idolatrías de la tierra. Y por eso, naturalmente, que los ídolos de la tierra sienten un estorbo en esta palabra y les interesaría mucho que la destituyeran, que la callaran, que la mataran. Suceda lo que Dios quiera, pero su palabra decía San Pablo no está amarrada. Habrá profetas, sacerdotes o laicos, ya los hay abundantemente que van comprendiendo lo que Dios quiere por su palabra y para nuestro pueblo (20 de agosto de 1978).



Yo no soy técnico ni en sociología, ni en política, ni en organización, simplemente un humilde Pastor que le está diciendo a los que tienen la técnica: únanse, pongan al servicio de este pueblo, todo lo que ustedes saben, no se encierren, aporten. Entonces sí se practicará el derecho y la justicia (20 de agosto de 1978).

La cruz provoca en el mismo Cristo la defensa de su misión, que es cruz y sacrificio. Qué fácil era seguir como Pedro, huír como andan huyendo hoy muchos cristianos. Es más fácil esconderse. No hay que crear conflictos, prudencia, hay que ser más prudentes. Pero Cristo no fue de ese parecer y a quien le aconsejó no meterse en el peligro lo llamó Satanás, lo llamó escándalo... ¡Qué terribles son las presiones cuando nos quieren apartar de lo que Dios quiere, para que hagamos como los hombres quieren! (3 de septiembre de 1978).

La autoridad en la Iglesia no es mandato, es servicio. Le pido perdón, a mi comunidad, cuando no haya podido desempeñar como servidor de ustedes mi papel de obispo. No soy un jefe, no soy un mandamás, no soy una autoridad que se impone. Quiero ser el servidor de Dios y de ustedes (10 de septiembre de 1978).

Queridos hermanos, sobre todo ustedes mis queridos hermanos que me odian, ustedes mis queridos hermanos que creen que yo estoy predicando la violencia, y

me calumnian y saben que no es así, ustedes que tienen las manos manchadas de crimen, de tortura, de atropello, de injusticia: ¡convértanse! Los quiero mucho, me dan lástima, porque van por caminos de perdición (10 de septiembre de 1978).

Hermanos, ¡cuánta bondad, cuánta verdad, cuánto bien hay más allá de las fronteras cristianas! Respetemos esto. Porque muchas veces nos creemos nosotros, por estar en la Iglesia, que somos lo mejor del mundo. ¡Quién sabe si aquí, dentro de la Iglesia, somos menos buenos, menos nobles, menos humanos que allí afuera! (8 de octubre de 1978).

Qué bella la actitud del hombre independiente, la del hombre que no hace consistir su predicación y su Iglesia en el apoyo del dinero. Esto nos está costando mucho en nuestra Iglesia, hermanos. Esta autonomía del ídolo dinero, del ídolo poder y presentarnos al mundo como Pablo, audazmente libre. Agradecer al que nos da, pero sepan que no son necesarios, que por eso no me van a condicionar mi predicación. Muchas gracias, pero sepan que yo me debo a Dios y no a ustedes. Muchas gracias, pero sepan que aunque ustedes se hubieran olvidado de mí, yo los amaría lo mismo y les predicaría lo mismo (15 de octubre de 1978).

Es muy bonito vivir una piedad de sólo cantos y rezos, de sólo meditaciones espirituales, de sólo contemplación. Ya llegará eso en la hora del cielo, donde no habrá injusticias, donde el pecado no será una realidad que los cristianos tenemos que destronar. Ahora, les decía Cristo a los apóstoles contemplativos en el Tabor queriéndose quedar allí para siempre, bajemos, hay que trabajar (19 de noviembre de 1978).

Una niña me dice un discurso al llegar: Permítanos que los niños y los jóvenes lo saludemos como a un buen amigo. No me han dicho una palabra más bella, quiero ser el amigo de ustedes (26 de noviembre de 1978).

¡Qué más quiero que ese aplauso de ustedes! Ni tampoco es porque el aplauso sea una profanación del templo, sino porque es una expresión libre y espontánea de un pueblo que siente lo que no puede decir con los labios y lo dice de esa forma simpática. Yo, pues, quiero agradecer porque todo esto significa que la línea pastoral y evangélica a la que trato de ser fiel no es una locura ni es una subversión, sino que es simplemente la humilde fidelidad al mandato del Señor (26 de noviembre de 1978).

La palabra queda y ése es el gran consuelo del que predica. Mi voz desaparecerá pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger (17 de diciembre de 1978).

Yo siento que hay algo nuevo en la arquidiócesis. Soy un hombre frágil, limitado, y no sé qué es lo que está pasando, pero sí sé que Dios lo sabe. Y mi papel como Pastor es esto que dice hoy san Pablo: No extingáis el Espíritu Santo. Si con un sentido de autoritarismo yo le digo a un sacerdote: ¡no hagas eso!; o a una comunidad cristiana: ¡no vayan por ahí!, y me quiero constituir como que yo fuera el Espíritu Santo y voy a hacer una Iglesia a mi gusto, estaría extinguiendo el Espíritu (17 de diciembre de 1978).

¡Cristo es piedra de escándalo! Por eso a mí me hacen un inmenso honor cuando me rechazan, porque me parezco un poquito a Jesucristo que también fue piedra de escándalo (31 de diciembre de 1978).

Me avisaron esta semana que yo también anduviera con cuidado, que se estaba tramando algo contra mi vida. Yo confío en el Señor y sé que los caminos de la Providencia amparan a quien trata de servirle (7 de enero de 1979).

Muchas gracias, señor presidente, por escucharme. Pero también quiero agradecerle el haber ofrecido proporcionarme protección si yo se la solicitaba. Se lo agradezco, pero quiero repetir aquí mi posición: que no busco yo nunca mis ventajas personales, sino que busco el bien de mis sacerdotes y de mi pueblo... Antes de mi seguridad personal, yo quisiera seguridad y tranquilidad para 108 familias y desaparecidos, para todos los que sufren. Un bienestar personal, una seguridad de mi vida no me interesa mientras mire en mi pueblo un sistema económico, social y político que tiende cada vez más a abrir esas diferencias sociales (14 de enero de 1979).

Simplemente quiero ser el constructor de una gran afirmación, la afirmación de Dios que nos ama y nos quiere salvar (25 de febrero de 1979).

El Espíritu de Cristo nos ha ungido desde el día de nuestro bautismo y formamos entonces un pueblo que no se puede equivocar en creer. ¡Qué consuelo me da esto, hermanos! Ustedes no se equivocan cuando escuchan a su obispo y cuando acuden, con una constancia que a mí me emociona, a la Catedral a escuchar mi pobre palabra. Y no hay un rechazo, sino al contrario, siento que se acrecienta más en el corazón del pueblo la credibilidad a la palabra de su obispo. Siento que el pueblo es mi profeta (8 de julio de 1979).

Quienes se ríen de mí, como si yo fuera un loco creyéndome profeta, debían de reflexionar. Nunca me he creído profeta en el sentido de único en el pueblo, porque sé que ustedes y yo, el pueblo de Dios, formamos el pueblo profético. Y mi

papel es únicamente excitar en ese pueblo su sentido profético, que no lo puedo dar yo, sino que lo ha dado el Espíritu (8 de julio de 1979).

El éxito del profeta no es que se convierta la gente que oye su predicación; si eso sucede, bendito sea Dios. Dios ha logrado su fin por medio de su instrumento. Pero si el profeta no logra que esa gente testaruda se convierta, no importa. El éxito está en esto: en que ese pueblo testarudo, pecador, infiel, reconozca por lo menos que hubo un profeta que les habló en nombre de Dios (8 de julio de 1979).

Es terrible la misión del profeta; tiene que hablar aunque sepa que no le van a hacer caso. Si no le hacen caso, se perderán por su culpa, pero el profeta salvó su responsabilidad; hubo quien le dijera: Esto dice el Señor. Y si, gracias a Dios, el malvado lo escuchó, se salvará él y también será gloria del profeta que le predicó. No podemos callar, queridos hermanos, como Iglesia profética en un mundo tan corrompido, tan injusto. Sería de veras la realización de aquella comparación tremenda: perros mudos. ¿De qué sirve un perro mudo que no cuida la heredad? (8 de julio de 1979).

Un periodista o dice la verdad o no es periodista. Quiero agradecer por esto a la Agencia Periodística Independiente, API, que ha tenido la amabilidad de recoger mi homilía de la semana pasada y darle amplio lugar. Creo que son cuatro páginas enteras, cosa extraordinaria, ya que podemos decir aquí nadie es profeta en su tierra. Mientras veo mis pobres homilías publicadas hasta en inglés, en francés, fuera del país, y me las mandan, yo en el país no encuentro eco en nuestra prensa de lo que decíamos anteriormente, que debía dar testimonio de la verdad. Es que estas homilías quieren ser la voz de este pueblo, quieren ser la voz de los que no tienen voz. Y por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz. Esta pobre voz que encontrará eco en aquellos que, como dije antes, amen la verdad y amen de verdad a nuestro querido pueblo (29 de julio de 1979).



Teniendo en cuenta este carisma del diálogo y de la consulta, quise iniciar esta carta pastoral con una encuesta al querido presbiterio y a las comunidades eclesiales de base de la arquidiócesis. Y, una vez más, he quedado admirado de la madurez reflexiva, del espíritu evangélico, de la creatividad pastoral, de la sensibilidad social y política expresadas en las numerosas res-

puestas que he leído detenidamente. Incluso algunas inexactitudes y audacias doctrinales y pastorales han servido de estímulo al carisma de magisterio y discernimiento que el Señor me ha confiado. Pero todas las inquietudes y sugerencias aportadas fueron tomadas en cuenta (8 de agosto de 1979).

La única violencia que admite el Evangelio es la que uno se hace a sí mismo. Cuando Cristo se deja matar, ésa es la violencia, dejarse matar. La violencia en uno es más eficaz que la violencia en otros. Es muy fácil matar, sobre todo cuando se tienen armas, pero ¡qué difícil es dejarse matar por amor al pueblo! (12 de agosto de 1979).

Me da risa cuando dice que yo estoy propugnando por el poder. ¿Qué capacidad tengo yo para ser presidente o ministro? Dios me ha llamado para ser sacerdote y servidor de mi Iglesia (26 de agosto de 1979).

No me repugnaría, si tengo la dicha de poseer un cielo, de estar en ese cielo cerca de los que hoy se declaran mis enemigos, porque allá no seremos enemigos. Yo nunca lo soy de nadie, pero los que gratuitamente quieren ser mis enemigos, conviértanse al amor y en el amor nos encontraremos en la felicidad de Dios. Yo anhelo para todos la alegría de esta intimidad del Señor (2 de septiembre de 1979).

Me da dolor, de verdad, ante el esfuerzo pastoral de querer ser la voz de la angustia del pueblo, los que están instalados. ¡Claro que no les gusta que les molestemos! Pero la Iglesia no cumpliría su deber si, así como otras clases humanas, estuviera sólo defendiendo las minorías en sus privilegios y no amando al pueblo y tratando de dar su vida por él (2 de septiembre de 1979).

En esto se conoce a un auténtico católico: en que está con su obispo. Si no está con su obispo, no puede decirse buen católico. Esto no quiere decir que el obispo va a tener un despotismo: hagan lo que yo digo. Porque precisamente el servicio que el obispo da, está en servicio del pueblo. Precisamente en esta reunión que yo menciono de Cursillos de Cristiandad, hicimos una reflexión tan profunda, que yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo, y precisamente en los carismas que el Espíritu da al pueblo, el obispo encuentra la piedra de toque de su humildad y de su autenticidad. Yo quiero agradecer a todos aquellos que, cuando no estén de acuerdo con el obispo, tengan la valentía de dialogar con él y de convencerlo de su error o de convencerse de su error (9 de septiembre de 1979).

Una sonrisa de un niño equivale a millones. ¡Cuánto vale más para mí que un niño me tenga la confianza de sonreírme, de abrazarme y hasta de darme un beso

a la salida de la iglesia, que si tuviera millones y fuera espantable a los niños (23 de septiembre de 1979).

Si yo fuera un celoso, como los personajes del Evangelio y de la primera lectura, diría: ¡Prohíbase! Que no hable, que no diga nada. Sólo yo, obispo, puedo hablar. No. Yo tengo que escuchar qué dice el Espíritu por medio de su pueblo y, entonces, sí, recibir del pueblo y analizarlo y junto con el pueblo hacerlo construcción de Iglesia (30 de septiembre de 1979).

Quisiera aclarar un punto. Se ha hecho bastante eco a una noticia de amenazas de muerte a mi persona... Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio me exige (11 de noviembre de 1979).

Con este pueblo no cuesta ser un buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz (18 de noviembre de 1979).

Quiero terminar agradeciendo las felicitaciones que me han llegado con motivo del título Doctor Honoris Causa que me va a conferir la Universidad de Lovaina el próximo 2 de febrero. Como lo he dicho en repetidas ocasiones: todos estos honores no los siento míos, ni me inspiran vanidad, sino que me dan la alegría de compartir con ustedes, queridos hermanos, una línea pastoral de defensa evangélica de la dignidad humana y de los derechos del hombre. Y que es a ustedes a quien se condecora con todos estos honores. Y en nombre de ustedes, iré a recibirlo si Dios quiere (9 de diciembre de 1979).

Le pido a Dios que me ayude a ser suficientemente fuerte, porque temo la debilidad de la carne. En los momentos difíciles todos tenemos miedo, el instinto de conservación es muy fuerte, y por eso pido ayuda. Ayuda no sólo para mí, sino para todos los que desarrollamos esta labor pastoral. Que nos mantengamos en nuestros puestos, porque tendremos mucho que hacer: aunque sólo sea recogiendo cadáveres e impartiendo la absolución a los moribundos. La llama de la justicia social debe siempre mantenerse viva en el corazón del pueblo salvadoreño (15 de febrero de 1980).

La justicia social no es tanto una ley que ordene distribuir; vista cristianamente es una actitud interna como la de Cristo, que, siendo rico, se hace pobre para poder compartir con los pobres su amor. Espero que este llamado de la Iglesia no endurezca aún más el corazón de los oligarcas sino que los mueva a la conversión.

Compartan lo que son y tienen. No sigan callando con la violencia a los que les estamos haciendo esta invitación, ni mucho menos continúen matando a los que estamos tratando de lograr haya una más justa distribución del poder y de las riquezas de nuestro país. Y hablo en primera persona, porque esta semana me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana. Pero que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya (24 de febrero de 1980).

Ayer cuando un periodista me preguntaba dónde encontraba yo mi inspiración para mi trabajo y mi predicación, le decía: Es bien oportuna su pregunta porque cabalmente vengo saliendo de mis ejercicios espirituales. Si no fuera por esta oración y esta reflexión con que trato de mantenerme unido con Dios, no sería yo más que lo que dice san Pablo: una lata que suena (2 de marzo de 1980).

Entre los cadáveres y los que peregrinamos en este pueblo, entre el dolor y los aplausos, recibo agradecido este impulso, que no es sólo para mí sino para todo este querido pueblo, que bien acaba de describir el señor Secretario General de Acción Ecuménica Sueca, Reverendo Per Arne Aglert, al entregarme este honroso galardón del Premio de la Paz 1980 (9 de marzo de 1980).

Este es el pensamiento fundamental de mi predicación: nada me importa tanto como la vida humana. Es algo tan serio y tan profundo, más que la violación de cualquier otro derecho humano, porque es vida de los hijos de Dios y porque esa sangre no hace sino negar el amor, despertar nuevos odios, hacer imposible la reconciliación y la paz. ¡Lo que más se necesita hoy aquí es un alto a la represión! (16 de marzo de 1980).

Ya sé que hay muchos que se escandalizan de estas palabras y quieren acusar la de que ha dejado la predicación del Evangelio para meterse en política. Pero no acepto yo esta acusación, sino que hago un esfuerzo para que todo lo que nos ha querido impulsar el Concilio Vaticano II, la reunión de Medellín y de Puebla, no sólo lo tengamos en las páginas y lo estudiemos teóricamente



sino que lo vivamos y lo traduzcamos en esta conflictiva realidad de predicar como se debe el Evangelio para nuestro pueblo. Por eso pido al Señor durante toda la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo por cumplir con su misión (23 de marzo de 1980).

He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquéllos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia que no creo merecer, pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá, sí, se convenzan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás (marzo de 1980).

Que este Cuerpo inmolado y esta Sangre sacrificada por los hombres, nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo, no para sí, sino para dar conceptos de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos, pues, íntimamente en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros... (24 de marzo de 1980). [En este momento sonó el disparo].



Cuadernos Monseñor Romero

- Cuaderno 1. 1998. Año del Espíritu Santo
- Cuaderno 2. Monseñor Romero. Westminster y Roma
- Cuaderno 3. Los Documentos de Medellín (Selecciones)
- Cuaderno 4. 1999. Año de Dios Padre
- Cuaderno 5. Biografías. Mártires de la UCA
- Cuaderno 6. Jubileo 2000. Dos mil años de Jesús, veinte de Romero
- Cuaderno 7. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios
- Cuaderno 8. El evangelio de Monseñor Romero
- Cuaderno 9. Ignacio Ellacuría, el hombre y el cristiano.
"Bajar de la cruz al pueblo crucificado"
- Cuaderno 10. XXV Aniversario de Rutilio Grande. Sus homilías
- Cuaderno 11. El Bautismo cristiano. Otra manera de vivir
- Cuaderno 12. El sentir con la Iglesia de Monseñor Romero
- Cuaderno 13. Cartas a Ellacuría. 1989-2004
- Cuaderno 14. Tsunami
- Cuaderno 15. Eucaristía. "Otro mundo es posible"
- Cuaderno 16. El evangelio de Judas ¿Un quinto evangelio auténtico?